intervalo ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS de



Tennessee Williams • Josephine Bernard • André Theuriet • Cristóbal M. Paz • Queen Brown
Gonzalo Hernández • Camilo Castello Branco • Ernest Lehman • Héctor Raúl Decombe • Ken Bald

intervalo ALBUM

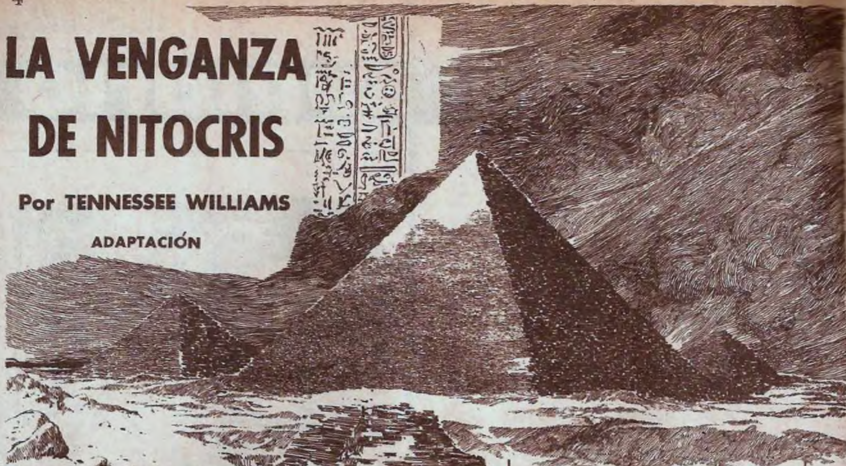
sumario



LA VENGANZA DE NITOCRIS

Por TENNESSEE WILLIAMS

ADAPTACIÓN



DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

Intervalo Album 109 - 9/1965

Dijo un historiador árabe: "Todas las cosas tienen miedo al Tiempo, pero el Tiempo tiene miedo a las pirámides". Esos milenarios monumentos, testigos del nacimiento y de la ruina de una civilización, presenciaron conflictos, dramas, tragedias inenarrables, y sus frías piedras muchas veces se mancharon con la sangre de sus propios constructores...

...como la menor de las tres gigantescas pirámides de Gizeh, la llamada pirámide de Micerinos ...











Los cortesanos dejaron escapar un murmullo apenas audible, que contribuyó a encolerizar al faraón y su reina. Jamás se habían sentido desafiados por ser humano alguno, y aquello sonaba a desafío. El poderoso Men-Ka-Ra se puso de pie.





La voluntad del faraón era la ley suprema de Egipto. No podía dejar de cumplirse. Pero los sacerdotes y el pueblo adoraban a Osiris desde tiempos inmemoriales, y tampoco era posible extirpar el culto en unos días. El orgullo de Men-Ka-Ra no le permitía admitirlo.

Una nube de inquietud había velado el bello rostro de Nitocris al comprender las intenciones de su esposo..., pero nada le dijo hasta días después.







Siguiendo con sus planes, Men-Ka-Ra se dirigió al templo de Osiris escoltado por su guardia nubia.













La noticia de lo ocurrido corrió por Tebas, cubriendo de luto a la ciudad. El pueblo comenzó a reunirse en los sitios públicos, cambiando miradas de horror y espanto.













En el interior del palacio real tampoco reinaba la tranquilidad. Kaf-Ser había logrado soliviantar los ánimos de los cortesanos.

¿Recuerdan ustedes lo que hizo el pueblo con Kheops, el bisabuelo de nuestro faraón?

Lo masacraron junto con casi toda la corte...,pero fue porque había hambre, y el pueblo estaba agotado por el trabajo de construir la gran pirámide.

Ahora el pueblo tiene miedo...,y el miedo es peor que el hambre. ¿Defenderás tú con tu vida al faraón sacrílego cuando vengan a matarlo?

Sería nuestro deber hacerlo, pero...

Una risa de triunfo escapó de la garganta del sumo sacerdote de Osiris.

¿Pero qué? ¿No quieres morir, verdad? Yo te diré qué debes hacer.

No sigas hablando. Esto apesta a traición, Kaf-Ser.

Amhás, custodio del sello real, era un hombre leal a su rey. Disgustado se apartó del grupo.

No creas que callaré tus palabras, sacerdote.

Peor para ti.

El sumo sacerdote de Osiris era un hombre de decisiones rápidas.

¡Ahhhh!

¿Qué has hecho? Era el hombre de confianza del faraón.

No podemos perdernos todos por culpa de uno. ¿Qué haréis cuando el pueblo venga para cobrarse justicia en el faraón? ¿Lucharéis por él?

Yo no quiero morir, ¿pero cómo sabes que el pueblo se sublevará?

Porque mi gente está ocupándose de eso. Antes del nuevo sol habrá revolución en Tebas.

Resuélvanse..., ¿morirán junto al faraón o abrirán las puertas al pueblo?

Abriremos las puertas al pueblo.

Aún no había amanecido cuando la inquietud eclosionó en revuelta. Los sacerdotes de Osiris guiaron a la muchedumbre enardecida.

El ruido de voces airadas despertó a la reina.



El faraón corrió hacia la ventana y un rugido de cólera escapó de sus labios.



Las pesadas puertas que custodiaban el palacio fueron abiertas.









La muchedumbre enardecida entró en las cámaras interiores del palacio.





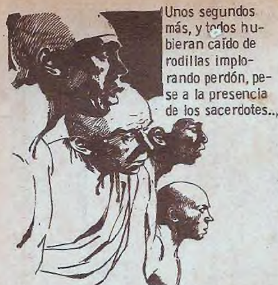
...erguido y firme, como la materialización del dios que creía ser. Todos se detuvieron, y un silencio pesado cubrió los gritos anteriores.

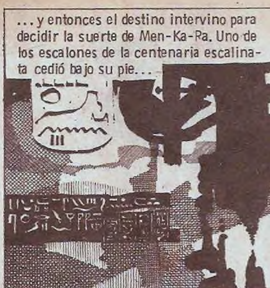




El faraón comenzó a descender lentamente la escalinata. Su aire imponente llenó de terror supersticioso a los mismos que un minuto atrás pedían su sangre.




Unos segundos más, y todos hubieran caído de rodillas implorando perdón, pese a la presencia de los sacerdotes...


. . . y entonces el destino intervino para decidir la suerte de Men-Ka-Ra. Uno de los escalones de la centenaria escalinata cedió bajo su pie. . .


. . . y el faraón perdió el equilibrio y cayó.


¡El dios lo ha abatido! ¡Es la voluntad de Osiris que el sacrílego muera!


El vibrante grito del sacerdote puso en movimiento a la muchedumbre.
¡Que muera! ¡Que muera!


¡Nitocris!
La última palabra que pronunció el monarca fue el nombre de su esposa.


La reina había presenciado el fin de su esposo.
¡Men-Ka-Ra! ¡Dioses! ¡Lo han matado!


¡Es la reina! ¡Que nadie se le acerque!


Es la última persona con sangre real que queda. Ella gobernará Egipto.


Pero el sumo sacerdote de Osiris no había terminado de expresar su pensamiento.
Y yo gobernaré con ella.

Transcurrió una semana desde el asesinato del faraón. El pueblo, aterrado ante su atrevimiento, había abandonado el palacio real para dirigirse al templo de Osiris, donde la sagrada llama ardía nuevamente. Un cortejo de nobles, sacerdotes y guerreros llegó, al séptimo día, ante las puertas del salón del trono.






















-Espera que la real tumba de Men-Ka-Ra esté terminada. Cuando su momia descanse en la pirámide, haremos una fiesta real y me desposaré contigo.
-Sabía que eras una mujer inteligente, majestad. Esperaré.

La pirámide de Men-Ka-Ra estaba casi concluida, pero durante aquellos últimos meses la reina ordenó que se modificaran los planes. Bajo la pirámide comenzó a construirse una inmensa cámara de banquetes. Pero, cosa extraña, los constructores no fueron los mismos arquitectos egipcios que hicieron el resto del monumento, sino babilonios contratados especialmente, hombres que no hablaban una palabra del egipcio.

Por fin llegó el día del entierro oficial.




Los responsables de la muerte de Men-Ka-Ra fueron los mismos que llevaron la momia hasta el corazón de la pirámide.



Al hablar, Nitocris recordaba la promesa que había formulado ante el cadáver de su esposo.





Nitocris interrumpió al sacerdote con una carcajada.



Bajaron a la cámara, que estaba brillantemente iluminada.







Los ojos de la reina paseaban sobre los invitados. Una sonrisa fría distendía sus bellos labios. Mientras tanto todos comían y bebían. La orquesta dejaba oir los sones de sus exóticos instrumentos. Las horas transcurrieron lentamente.



















La respuesta a la pregunta del sacerdote fue dada por los propios hechos. Una de las paredes de la cámara subterránea se corrió para dar paso a un torrente líquido...





Los dos testigos del episodio miraban fascinados. La reina, gozando con su venganza. El sumo sacerdote, aterrado.





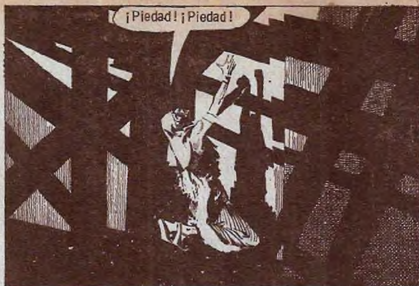
Cuando el sumo sacerdote consiguió salir de su horror advirtió que Nitocris había abandonado el pequeño recinto.





¡Por los dioses, abre! ¿Qué pretendes?

Es inútil que llames. Nadie te oirá. Estás junto a la tumba del faraón que asesinaste. Allí dejarás tu miserable existencia.









Transcurrieron los días. Los dignatarios del palacio y el pueblo comenzaron a inquietarse por la ausencia de la reina. Por fin, una semana más tarde, iniciaron la búsqueda. El comandante de los guardias reales entró en la pirámide. Bajo la cámara mortuoria...



En la cámara donde descansaba la momia de Men-Ka-Ra, majestuosa y bella, estaba Nitocris, sentada en el trono.



Sí. "El Tiempo tiene miedo a las pirámides." Esos milenarios monumentos, cuyas frías piedras se mancharon tantas veces con la sangre de sus propios constructores.

FIN

PÁGINA ALEGRE



- Déme un kilo. Pero no importa que no sea buena carne. Mi esposo va a hacer el asado.



- ¡Qué curioso! ¡Ni que lo hubieran dibujado ayer! ¡La pintura parece fresca!



- Alicia quiere que usted se sienta tan cómodo como en su restaurante preferido, señor jefe.



- ¿Has visto cómo desvían todos los autos? Ha sido una gran idea, ¿no te parece?



- ¿Quién entiende a las mujeres? ¿No sé por qué querrá mudarse al centro?

tragedia en el circo

Por HÉCTOR RAÚL DECOMBE



Dibujos de D. HAUPT

Intervalo Álbum 109 XV - 9/1965

Aquel magnífico circo llegó a Manhattan para dar una serie de representaciones, despertando un interés inusitado entre quienes formaron largas filas para lograr buenas ubicaciones.





















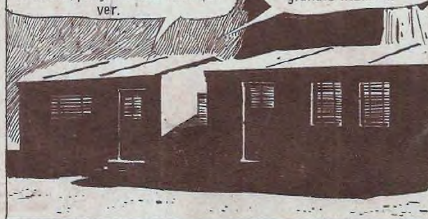
Hoy soy un derrotado, Kathleen. Vengo..., vengo a pedirte ayuda. Tú tienes plata. Tres mil dólares no son nada para ti.
¿Tres mil dólares? ¿De dónde quieres que los saque, George? Yo...



La mirada de George se hizo dura cuando dijo:
Tú eres rica. No puedes dejarme en la estacada.
Pero es que no los tengo, ¿entiendes?



Pídeselos a tu marido. Vende alguna de tus joyas. Tú sabrás como arreglártelas, Kathleen. ¿O quieres que se los pida yo? ¿Que le cuente, primero, que su mujer fue arrestada por traficar con drogas... y le diga que esa historia puedo contársela al periodismo local?



Sabes bien que era mi compañera de camarín la culpable;que nos detuvieron a las dos hasta que todo se aclaró;que yo no tuve nada que ver.
Sí, lo sé. Pero en los periódicos salieron las fotografías de las dos, con grandes titulares.



¿La felicidad conyugal, el éxito del circo no valen tres mil miserables dólares? Piénsalo, junta el dinero... y espera mi llamado. Mañana te hablaré, Kathleen.



Bellísima en su traje de lentejuelas, Kathleen se mostró muy nerviosa en el número final. El hecho pasó inadvertido para todos, menos para su esposo.



Has estado muy nerviosa, Kathleen. ¿Qué te pasa? Nunca te has mostrado así en los debuts.
No es nada, Jimmy. Ya he superado el trance, ya estoy bien.



Al otro día, luego del almuerzo, un llamado telefónico alejó por unos instantes a la bella trapecista de la mesa que compartía con su esposo.



¿Quién era?
La modista. Tengo que ir ahora a probarme la capa para el nuevo número.



Lástima que tengo una práctica con mi nuevo ayudante. Me hubiera gustado acompañarte.
Iré sola. Volveré en seguida, Jimmy.



¿Por qué esos nervios, querida? ¿Algo anda mal?
No, no es nada. ¡Oh, Jimmy, déjame ir, que se hará tarde!


Durante el viaje hasta la dirección que George le había dado telefónicamente, Kathleen sintió una tenaz angustia que le oprimía la garganta.
TAXI




(Primer piso. Habitación treinta y dos. Esos son los datos que me dio.)
BOOKS


El muchacho uniformado que estaba leyendo detrás del mostrador, ubicado a la entrada, le echó una indiferente mirada y luego siguió interesándose en el partido de basket jugado la víspera.


Has sido puntual, Kathleen. ¿Has traído la plata?
Sabes que no, que he venido a conversar contigo.


¡Conversar! Plata es lo que quiero... y eso es lo que tienes que darme para salir del paso. Si no lo haces, tu marido sabrá aquella historia que le ocultaste.
Tú sabes que yo no tuve nada que ver.


Sí, pero no se la contaré así, puedes creerme. Además, tengo puñados de periodistas amigos, que pueden hacer una linda propaganda a tu circo contando en sus columnas todo lo que yo sé... y algo que puedo inventar.


George Allen parecía frenético. Bebió de un trago el contenido del vaso lleno de whisky que estaba sobre la mesa. Esto pareció enfurecerlo.
No quieres ayudarme, ¿eh? ¿Quieres dejarme morir de hambre?


Se le acercó amenazador, levantando el arma que había tomado con mano temblequeante.
Puedo matarte. Ahora mismo puedo matarte.


¿Qué pasa aquí? Suelte esa arma.
Era un hombre ágil y fuerte el que había entrado, atraído por las voces alteradas.


¡Suelte esa arma, le digo! Yo le voy a enseñar, ¡borracho!
Apretó con fuerza sus manos alrededor del cuello de George Allen. Y cuando las separó...


¡Parece que apreté demasiado!
¡Lo ha matado!


Sí. Está muerto. Pero... no grite, ¡por favor! Soy el detective del hotel. Haré que usted no se vea mezclada en esto. Muchos amigotes, borrachos consuetudinarios como él, lo vienen a visitar a diario. Alguno de ellos pagará por él.


¡Espere, preciosa! Esto es un crimen... o algo parecido. Usted y yo tenemos que ver en él. Yo maté por usted.
Déjeme ir, por favor.


Conviene que me aleje, después que la policía abandone este asunto..., y yo estoy sin plata. Necesito cinco mil dólares para mañana mismo. Consígalos. Sé quién es usted. La conozco por fotos.


Salga aparentando tranquilidad y nadie la molestará. No olvide que soy un criminal por usted... y que usted está metida como yo en este crimen. Mi nombre es Phil Dvorak. Llame aquí esta misma noche.


Kathleen bajó las escaleras sin tropezar con nadie. Se sentía angustiada, como aprisionada por la fatalidad.


El muchacho del mostrador ni se molestó en levantar la cabeza cuando ella pasó. Presintió que era la misma que hacía un rato había subido cuando, sin mirarla, vio su silueta abandonar el hotel, mientras seguía sumido en la lectura.

¡Vaya, George! ¡Eres un actor notable!

¿Viste la cara trágica que puso cuando caí? Vaya, Phil, me parece que ahora sí no va a dudar en traer los cinco mil dólares.

"Soy el detective del hotel. Esto nos ata a los dos. Soy un criminal por su culpa."

¡No, si tú también eres un gran actor!

¿Mañana la citarás aquí? ¿No crees que se resistirá a venir al lugar del crimen?

No tenemos otro sitio dónde citarla. Le diré que, bueno, no sé qué le diré. Ahora caigo que no puede ser que venga aquí.

¡Claro que no! ¿Y si nos vamos a la casita de la ribera? ¿No me dijiste que Tom y Nicky se han ido a Chicago?

¡La casita de la ribera! Tienes razón.

Esa noche Kathleen comprendió que no podía subir al trapecio.

¡Perdona, Jimmy, pero no puedo subir! Estoy segura de que se me aflojarían las manos, ¿comprendes?

¡Sí, mi bien! Hemos trabajado mucho últimamente. Tienes que descansar. Apenas terminemos nuestra estada aquí, nos iremos tú y yo solos en un viaje de placer por Europa.

¡Mi querido Jimmy!

Anularé tu cuadro por hoy. Descansa, Kathleen, así mañana te sientes bien. Yo alargaré mi número con los leones.

El número de Jimmy Regan y sus leones era sensacional.

Los animales estaban muy bien adiestrados y conocían a la perfección el cometido que les tocaba en suerte.


La gente quedaba emocionada y silenciosa cuando Jimmy se ubicaba entre los cuatro leones, y éstos rugían amenazadores al muchacho que, completando el número, entraba a la jaula pretendiendo atacar al domador.


¡Has estado muy bien, Bob! ¡Parecías tener un miedo pánico!
¿Y usted cree que no lo siento así? ¡No tengo los nervios de acero como usted! Cualquier noche los leones me atacan de veras.


Están domados, Bob. Y te queda el consuelo de que, si te despedazan a ti, harán lo propio conmigo.
¡Gracias! ¡Acaba usted de darme una gran tranquilidad!


Mientras, Kathleen vendía algunas de sus valiosas joyas para formar la suma que le habían pedido.


(Todo esto es como una pesadilla. ¡Han pasado tantas cosas terribles en tan poco tiempo!)
BAR


Desde un teléfono público habló al número que le habían indicado.
¿Phil Dvorak? Sí. Tengo el dinero.
TELEPHONE
TELEPHONE


¿Dónde dice que debo ir? ¿Dónde queda eso?
HOTEL
ALCOTT
POLICE
Le dieron una dirección y la instaron a ir de inmediato.


(Sí. Es mejor que vaya ahora mismo. Así termina esta horrible pesadilla.)
GLAMOUR
BAR
JACK GREGORY - TELEVISION
CLUB
Restaurant
JENN
LIBRARY
TAXI


Mientras, en la casita de la ribera ...
¡Viene hacia aquí! Tú tienes que esconderte hasta que ella se vaya.
Trae la plata, ¿no?


¡Los cinco mil justitos! ¿Qué harás con la mitad que te toca?
¡Eso es cosa mía! Tú piensa en el botín que te toca a ti.


Pero Phil Dvorak no pensaba repartir.
Te quedarás allí por diez minutos.
Vaya que está sombrío esto.


Fueron las últimas palabras que dijo. La traición de Phil lo había herido por la espalda con un balazo mortal.
¡BANG
¡BANG


Es aquí, señorita.


Pase usted. ¿Trajo usted "eso"?
Sí.


Aquí lo tiene. Creo que ahora no lo veré nunca más.
Puede estar segura.


¡La suma exacta! ¿Me permite un segundo?


En la habitación donde había ocultado el cuerpo de George Allen había una puerta que daba hacia los fondos. Por ella huyó.


¡Phil, no me deje sola aquí! ¿No me acompañará hasta la avenida? ¡Phil, por favor, respóndame!
Abrió la puerta por la que Phil había salido...


Sintió que el terror le paralizaba la mirada sobre aquel hombre muerto, cuyos ojos abiertos y fríos miraban hacia la nada.


Y enloquecida ante la horrible e inesperada aparición, huyó sin mirar hacia atrás.


¡Sus guantes quedaron allí!


Alguien que pasaba había oído los disparos y se lo notificó al primer agente de seguridad que halló a su paso. El cadáver de George Allen fue descubierto, y al revisar sus ropas se halló su documentación y una tarjeta del hotel donde viviera últimamente. También encontraron los guantes de Kathleen.


Soy de investigaciones. ¿Este hombre vivió alguna vez aquí?
Sí. Vive todavía. Primer piso, habitación treinta y dos.

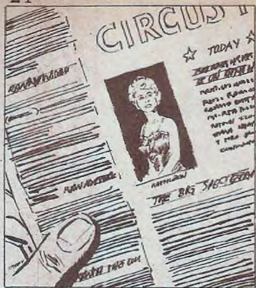

Ha sido hallado muerto en una casucha de la ribera. ¿Qué sabe usted de sus amigos o enemigos? ¿Venía a visitarlo alguna mujer?
¿Mujer? Ayer vino una muy bonita. Entró y salió casi de inmediato.


¿No sabe nada de ella?
¡Nada! No puedo brindarle ninguna información.


Imagínese, que la vi apenas. Estaba leyendo algo muy interesante. ¿Qué puedo decirle?
Era alta o baja, morena o rubia.


Yo estaba leyendo así, cuando ella pasó. Apenas si alcé la vista y en seguida volví a leer el partido de basket. Sabe cómo lo describe este periódico, ¿no?


¡Espere! O mucho me equivoco o esa mujer... ¡es ésta! Claro que es ella. La reconozco perfectamente.



La función del circo había terminado. Cuando Jimmy volvió a su camarín...

¿Cómo estás, Kathleen?

¡Mal...muy mal, Jimmy! Te he estado ocultando algo...y todo se ha complicado de tal manera que...

Se echó a llorar desconsoladamente.

Jimmy tardó largo rato en hacerla calmar. Su palabra afectuosa, su cariño, lograron que su mujer contara aquella desdichada historia en que había participado.

¡Estoy asombrado, Kathleen! Pero, ¿por qué no me lo has contado todo desde el primer día?

Tenía miedo de que tú pensaras algo malo de mí... y que los diarios hablaran de ello, que nuestro circo fuera clausurado o algo por el estilo.

Has caído en manos de asesinos, Kathleen. Te has enredado con ellos por no confiar en mí.

¡No me asustes, Jimmy! ¿Qué haremos?

¡Ir de inmediato a la policía!

¡No se muevan!

Veo que se ha despachado a su gusto, que su marido lo sabe todo. ¡Mejor!

¿A qué ha venido?

Pensé que debía huir por cinco mil dólares... y que era una tontería no hacerlo por mucho más. Ya que estoy en el baile...


¡Pronto! La plata de toda la recaudación... y sus joyas, además. Pronto, debo alejarme en seguida.
No quedaba nadie en el circo. Ni espectadores ni compañeros de tareas.


En ese momento alguien golpeó sobre la puerta.
¡Abran, en nombre de la ley!
TOC TOC


Me han descubierto.
¡Rápido! ¡Debe haber otra salida!


Yo lo guiaré.
Hágalo con todo tino, si no quiere morir.


Tú abre la puerta cuando sepas que ya estamos afuera. Danos tiempo a llegar hasta la puerta dorada de la izquierda, ¿entiendes? Cuando sepas que pasamos la puerta puedes dejar pasar a los policías.


¡No pretenderá engañarme! ¡Mire que lo mato sin asco!
Le prometo que le haré pasar la puerta dorada.


¡Abran o echamos la puerta abajo!
¡TOC! ¡TOC!


¡Vamos, vaya adelante y dése prisa!


La oscuridad era completa. Pisaron la arena del circo avanzando rápidamente.
¡No se aleje demasiado! ¡No alcanzo a distinguir nada!


Sí, está muy oscuro aquí. Además usted acaba de salir de un cuarto muy iluminado. Está deslumbrado.
¡No se aleje, le digo!


Se oyó un ruido metálico cuando Jimmy Regan abrió una puerta y pasó por ella.
¡Vamos, adelante, apúrese usted!


¿Adónde lleva esta puerta?
Oyó otro ruido metálico, esta vez más fuerte, cuando la puerta se cerró automáticamente detrás de él.


¿Dónde estamos? Conteste, si no quiere que dispare de inmediato.


Rugidos horrorosos le contestaron. Phil Dvorak sintió que las piernas le temblaban de pavor.
Hable, hable, si no quiere que ...


Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Vio cuatro enormes cabezas melenudas que se hallaban a pocos pies de distancia de su persona.


¡Quiso retroceder y solamente encontró barrotes! Los rugidos recrudecieron, y en ese instante ...


¡... se hizo la luz!


¡Dispare usted, y los leones lo comerán vivo!
No, no.


Por el amor de Dios. Déjeme salir.
No es usted tan valiente como creía, ¿verdad? Creía que era un superhombre, ¿quizá?


Fue así como el asesino fue a parar a manos de la justicia.

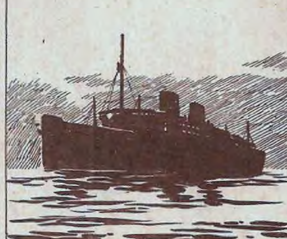

¡Jimmy, vida mía!
¡No llores, Kathleen! ¡Ahora todo saldrá a la luz!


Por haberlos ayudado a pescar a este "señor criminal" creo que merezco un poco de silencio acerca de los pasos de mi esposa y los míos también en este hecho.


Tienen que acompañarme. Hay muchas cosas que aclarar.


Todo se aclaró satisfactoriamente. La bella Kathleen Sinclair volvió al trapecio, a deleitar a sus admiradores.


Y la sangre fría de Jimmy Regan siguió dando formas a un número en verdad sensacional.


Y cuando el número de actuaciones en Manhattan terminó...


Nos vendrá bien a los dos un paseo por Europa.
¡Sí, amor mío! Nos ayudará a olvidar esos malos momentos que hemos vivido.


Espero que no, mi querida. Espero que te ayude a tranquilizarte totalmente, no a olvidar.


¿Por qué dices eso, Jimmy?
Resultaría malo para ti olvidar tu equivocación, Kathleen.


Te equivocaste cuando creíste que debías ocultarme la visita y la proposición de George Allen. Hubieras evitado todo lo subsiguiente que, además, pudo haber tenido consecuencias desastrozas.


¡Todo por no confiarte en quien debías! Mucha gente cae en manos de toda clase de estafadores y criminales por no decir una verdad salvadora.
No, si eso no lo voy a olvidar, Jimmy querido.


Ha sido una experiencia inolvidable.
Mejor así, querida.


No creas que, por ello, disfrutaremos menos del viaje.
FIN

MOMENTO

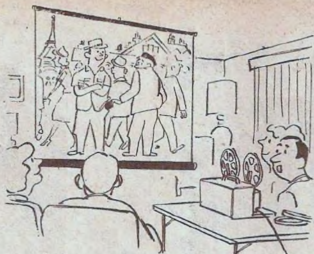
HUMORÍSTICO



- Personalmente, querida, lo escucho mejor al nene cuando estoy sentado afuera, en el parque.



- Como nos tenemos que levantar a las cuatro de la mañana, querida...



- Cuando revelamos la película, se aclaró ese asunto de si había perdido la billetera o no.



- ¿Cómo quieres que encuentre mis zapatos? Aún están donde los puse ayer.



- Acerca de mi complejo, doctor, ahí está la culpable.

LA HERMANITA MENOR

Por JOSEPHINE BERNARD

DIBUJOS DE TAGGINO

Chicho Manfredi entró en el despacho de Nina, enfundándose un costoso impermeable. Chicho Manfredi vestía bien, vivía bien, tenía un coche último modelo y unas oficinas muy bien instaladas.

Se largó a llover de nuevo.

Ya vi.

Volveré a eso de las cuatro.

Está bien, señor.

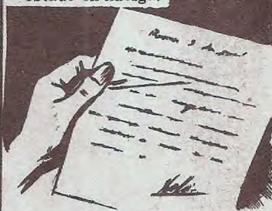
Cuando Chicho se marchó, Nina miró el reloj. Faltaban pocos minutos para las doce. Llamó a la pensión. Doña Gracia, la dueña, le dijo que había llegado carta de sus padres.

¿Por qué no la abre y me la lee?

En dicha carta le anunciaban a Nina la próxima llegada a Roma de su hermanita menor.

¿Dice cuándo llegará?

La carta no tenía más fecha que la del encabezamiento, bastante atrasada por cierto; los carteros habían estado en huelga.



A través del vaivén de su limpiaparabrisas, Chicho Manfredi alcanzó a ver el coche de su socio, Hugo Bianco, que iba en dirección contraria.

(Seguro que va a la oficina.)

Volvió, y allí estaba su socio, desenrollando unos grandes planos.

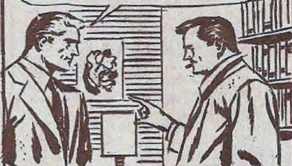
¡Perfecto! ¡Perfecto!

Yo lo dejaría sin embargo.

¿Se ha vuelto loco?



De los dos socios, Hugo, el más joven, era también el más mesurado. A decir de Chicho, el más miedoso.



Le dijo que, cuanto habían hecho hasta entonces, sólo habían sido tanteos. Que cuando las cosas saben hacerse no hay peligro.





-El dueño no estaba en el país y no volverá en mucho tiempo.



Nina, que pidió canelones a la Rossini y flan, comió lentamente.



Comenzó a recorrer tiendas. Se cargó de paquetes hasta donde el dinero se lo permitió y entró en un bar a tomar un café.



Nina se decía que era bueno disponer de dinero, pero su conciencia le reprochaba que el dinero no tuviese un origen muy honorable.



La conciencia le gritó entonces que sus sospechas eran demasiado bien fundadas.



Para cortar por lo sano con aquel diálogo se levantó y se fue a pie hasta la oficina de Manfredi y Bianco.



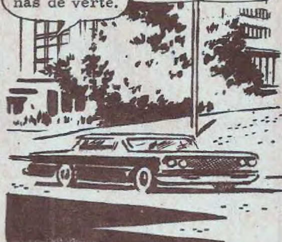
Chicho la oyó entrar pero no dejó su tarea. Luego oyó el timbre del teléfono. Le pareció a Chicho que su empleada se alegraba por algo que le dijeron.



La persona que hablaba era Yoli, la hermanita menor de Nina, que acababa de llegar.







Diez minutos después entraba Yoli en la oficina de Manfredi y Bianco.



La recién llegada, luego de decir que aquello era de cine, agregó que percibía olor a pintura fresca y a comida.











Quince minutos después, Chicho llamaba a la puerta del departamento de Hugo Bianco.



Le refirió cómo Yoli había hablado de invertir dinero en alguno de los terrenos que ellos ofrecían.















Chicho Manfredi chilló:



Ya estaban lo bastante metidos en el barro como para no poder echarse atrás. La muchacha era un peligro.















-Hay docenas de accidentes a diario. Este sólo será uno más.





Dijo a la muchacha que esperaba a un cliente, lo que le impediría entregar documentos importantes en determinado lugar. No era un trabajo como para ella, pero...



Luego Chicho entró en su despacho, del que salió para decir a Nina que ninguno de los sobres tenía capacidad para contener aquellos documentos.













Tras hablar con su hermanita, Nina salió. Abajo encontró a Darío, el muchacho del restaurante.











El muchacho estaba seguro.



Nina presintió que todo aquello entrañaba un peligro para ella. Suplicó a Darío que no subiera y dejara las cosas como estaban.





"¿No habrá estado él allí, cuando Yoli llegó? ¿No habrá oído todo?" Lo que más la alarmaba era la actitud melosa que había adoptado Chicho. Miró el abultado sobre.



Rasgó el sobre, puesto que podía reponerlo comprando otro igual. Del interior del sobre sólo salieron papeles en blanco.



¿Qué trampa era aquélla? Se dispuso a abandonar el edificio, cuando alcanzó a ver el coche del socio de Chicho Manfredi con su dueño al volante.



Minutos más tarde... aquello mismo se preguntó Chicho Manfredi. Nina, que se había refugiado en la escalera, entre la planta baja y el entrepiso oyó los pasos de Chicho cuando abandonó el ascensor.



Como en aquel momento arreciara la lluvia, Chicho le hizo una señal a su socio para que se acercara. Aquél bajó del coche, cruzó y se refugió junto a Chicho a la entrada de la casa.





Nina se lamentó de no haber salido antes. Entonces recordó algo. El departamento contiguo a las oficinas estaba deshabitado. Como lo estaban pintando, solían dejarlo entreabierto para que se aireara.



Subió por la escalera. La puerta del departamento estaba entreabierta, y la llave, puesta por fuera. Entró y cerró.



A poco notó que movían el picaporte, por fortuna infructuosamente, desde afuera. Luego, oyó la puerta de la oficina de sus patrones, pasos y unos golpecitos en la puerta de comunicación.



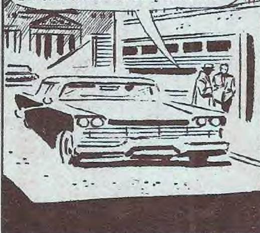
Nina no dio señales de vida, y Hugo Bianco insistió en que saliera, en que nada tenía que temer de él, que era su amigo y la ayudaría. Pero Nina no respondió.




Abajo, Chicho fumaba un cigarrillo tras otro. No quería subir, porque se conocía el genio y no quería escándalo. Pensaba que su socio, más joven y buen mozo, podría convencer más fácilmente a Nina.


Hugo llegó con malas noticias. O Nina no estaba o no quería escucharlo.
No se preocupe. Ya he pensado cómo hacerla salir.


Las ventanas de ese departamento dan a la calle. Imagine que ve no sólo a usted, y a mí sino su hermanita menor.


Deje su coche ahí; tome el mío y vaya a buscarla. Para también en la pensión.


Yoli aguardaba a Nina, cuando llegó a la pensión Hugo Bianco.
Vengo a buscarla. Su hermanita está en la oficina.


Yoli desconocía los temores de Nina y no tenía por qué desconfiar. Además Hugo le resultó muy agradable. Aceptó la invitación.


A través de los cristales contempló la ciudad, la gente.
Está dejando de llover. Dios quiera que tengamos buen tiempo.


Cuando el coche se detuvo, Yoli descendió para dirigirse al edificio donde estaban las oficinas. Pero Chicho se le acercó.
Mire hacia las ventanas del séptimo piso, señorita. Acabo de ver a su hermanita mirando hacia la calle desde allí.


Hágale señas para que la vea.


Nina, que no había dejado de mirar por la ventana, alcanzó a ver a Yoli. Sintió que se tambaleaba y tuvo que asirse a uno de los postigos.


A poco volvieron a golpear en la puerta de comunicación. Tras los golpes escuchó una voz. Ahora era la de Chicho Manfredi.
Salga. Necesito hablarle.


No le pasará nada. Jamás pensé en hacerle daño.
¿Por eso me mandó a no sé dónde, con un sobre que sólo contenía papeles en blanco, no?

Por fin da señales de vida. Ahora salga.

Quiero que sepa algo.

¿Que "imagina" cosas respecto de nosotros? Ya lo sé.

Todo eso que según usted yo "imagino" está escrito, guardado bajo sobre y el sobre depositado en lugar seguro.

Si nos sucede algo a mi hermana o a mí, ustedes dos lo pasarán muy mal.

Deje que mi hermanita vuelva con mis padres y entonces sí hablaremos, y le diré dónde está el sobre y hasta se lo daré.

Chicho no creía mucho en aquello pero tampoco horas antes hubiera creído que su empleada había sido capaz de descubrirlos.

Bueno. Trato hecho. La espero abajo.

No bien él dejó el ascensor en la planta baja, Nina apretó el botón y luego bajó, salió y cruzó a la acera de enfrente.

Por fin bajaste.

Tendrás que volver a casa, querida.

¿Por qué? ¿Pasa algo?

No. Nada. Sólo que...

Sólo que sus padres necesitan ese dinero que usted trajo para comprar esos terrenos.

Yoli exclamó con ingenuidad...

¿Es por eso entonces que no quisiste aceptar el dinero de la seña y dijiste que los terrenos estaban vendidos?

Sí. Fue por eso. Ven. Sube. Desde aquí te llevaremos directamente a la estación.

Tendremos que ir a buscar sus maletas.

Egidio Esteban/2019













Que su hermanita menor no corriera riesgo alguno. Luego de verla en el tren y de que aquél arrancara, que sucediera lo que Dios quisiera.



























El milagro de que ella, Nina, se salvara. Porque el peligro que hubiera corrido Nina una vez que Yoli se hubiera marchado de no haber dado parte Hugo a la policía, hubiera sido muy grave. Como quien dice, cuestión de vida o muerte. Más bien de muerte, que de vida. Abrazó de nuevo a Yoli, levantó sus maletas, le prometió que desde ese momento no la dejaría sola, mientras durase su estada en Roma, y se prometió a sí misma no aceptar jamás un empleo antes de asegurarse sobre la solvencia moral de sus empleadores.



PÁGINA ALEGRE



- ¿Quieres decirme qué haces con el dinero que te ahorras en nafta desde que compraste este auto chico?



- ¡Cuidado, Pedro! ¡Se te cae el vino!



- ¿Por qué no tenemos nosotros una piel de oso como los demás?



- Quisiera felicitar al chef.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

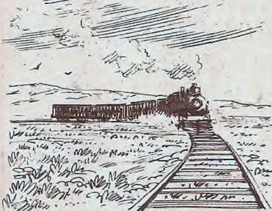
presenta sus historias de hombres y mujeres

LOS DUEÑOS DEL VIENTO



DIBUJOS DE VOGT

El tren avanzaba cruzando una larga llanura solitaria. ¿Hacia dónde iba? ¿Hacia qué miedo distinto?, ¿hacia qué muerte nueva?



El viento golpeaba constantemente los vidrios de las ventanillas. Marta Riglos estaba tratando de acostumbrarse otra vez al viento, a la aspereza del viento, al grito grosero del viento.



Marta Riglos regresaba a su pueblo natal, del que un día, hacía ya diez años, partiera en busca de fortuna. La lucha de la ciudad había sido dura y violenta.



Pasó hambre y miseria y al fin se casó con un hombre bueno al que comprendía pero al que no amaba.



A los dos años de casada quedó viuda. Carlos, su esposo, era albañil y murió al caer de lo alto de un edificio en construcción. Ella refugió entonces toda su soledad en su pequeño hijo.



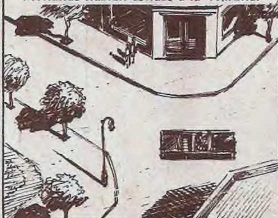
En su pueblo Marta había tenido festejantes. Uno era Gustavo, mecánico de automóviles, dueño de la única estación de servicio que había en aquella villa.



El otro se llamaba Fernando Lever y era el único hijo del hacendado más rico de los alrededores. Todo era de ellos. Todo llevaba su apellido.



La usina, el cine, el almacén de ramos generales, les pertenecía. Hasta la plaza era un terreno que los abuelos de Fernando habían donado a la comuna.



La gente vieja del lugar decía que los Lever eran también "los dueños del viento". Quizá, en realidad, era lo único que les faltaba comprar.



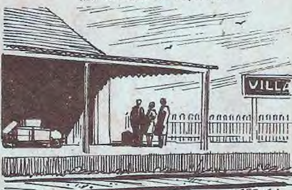
Fernando Lever era un muchacho extraño. Sumamente nervioso, siempre parecía triste y lejano. .Su romance con Marta dio lugar a muchos comentarios por las diferencias sociales de los dos.



Ni Gustavo ni Fernando habían comprendido la desesperación de Marta por dejar ese pueblo en donde todo estaba lleno de arena y de viento.



Marta necesitaba huir de la miseria en que siempre había vivido. Quería dejar atrás su soledad y su desesperación por el viento que la ahogaba, que le crispaba los nervios, que martirizaba su espíritu.



Recordaba la muerte de su padre y recordaba el viento de aquella noche. Recordaba la muerte de su madre y recordaba el viento de aquella mañana. Recordaba los días de su soledad y recordaba el viento de todas esas horas.



El viento, siempre el viento, sólo el viento. El viento fuera y dentro de las casas. El viento en el almuerzo y en la cena; el viento en la vida y en la muerte de todos ellos.



Se fue por el viento y se fue también porque tenía que romper con la murmuración de la gente sobre su romance con Fernando.



Se separaron como buenos amigos. Marta terminó por no decidirse por ninguno de los dos. No había habido un rechazo definitivo, por eso ahora regresaba con una esperanza: encontrar en Fernando o en Gustavo la felicidad que nunca había tenido.



Había telegrafiado a los dos. Si alguno era libre iría a esperarla y quizá aún fuese tiempo para volver a vivir.



Marta deseaba que fuese Fernando quien la estuviera esperando, pero, al descender del tren en la solitaria estación, estaba esperándola Gustavo, con su rudeza de siempre, con su mirada penetrante y asustada.



Gustavo y el viento salían a recibirla, ese viento que como una selva cubría las casas y los hombres, deshacía los médanos y se metía en las venas.



¿Cómo te va?
Bien.
¿Pibe o piba?
Es un niño.
Gustavo y Marta recorrieron el pueblo. El viento y las arenas los acompañaban.
¿Qué ocurre? No hay nadie en la calle.
No, no hay nadie. No tiene nada de extraño. Es la hora de la siesta. ¿O ya te olvidaste que a esta hora no hay nadie por la calle?
Claro, sí, es la hora de la siesta, y hay mucho viento. Pero me llama la atención esta soledad demasiado quieta. Es como si se esperase algo, como si de pronto pudiese ocurrir una gran desgracia.
Gustavo y Marta llegaron a un bar que hacía las veces de hotel. El despacho de bebidas estaba tan desierto como el resto de las calles y de las casas.
Se sentaron a una mesa y conversaron. Gustavo trataba de explicar incoherentemente el motivo de esa soledad que los rodeaba. De repente le pidió que se casara con él. Marta se sintió sorprendida.
No sé qué decirte. Todo es tan de repente. Quiero quedarme un poco aquí y ver qué ocurre conmigo y con el viento, ver si lo soporto.
¡Fernando!
¿Tú por aquí, Marta?
De pronto había llegado Fernando. Marta lo miró con los ojos llenos de luz. Había tardado, pero él también había acudido a su llamado.
No recibí ningún telegrama tuyo. Muchas veces quise averiguar tu paradero en la ciudad, pero me fue imposible.
Gustavo conocía mis datos. Me escribía cada tanto...


Gustavo desvió los ojos. El se había ocupado de que Fernando no recibiera el telegrama de Marta.


¿Por qué dejaste la guardia, Gustavo? ¿Para beber aguardiente, acaso?
¿Qué guardia? ¿Qué está ocurriendo en el pueblo?


¿Gustavo no te previno?
No, a mí no me dijo nada.


Fernando le explicó entonces que desde hacía un tiempo había aparecido en los días en que soplaba un viento como el de esos momentos un monstruo, un ser endemoniado, una bestia humana.


Es un demente, a quien el viento excita y lo hace olvidar de todo y matar a quien se le cruce en el camino. Tenemos que saber de quién se trata.


Gustavo apretó los labios con un gesto duro. Marta comenzaba a tener miedo. Pronto el terror y el espanto iban a herirla en lo más profundo de su alma.


Se ha concentrado a todas las familias en el hospital, la escuela y el colegio. Somos diez los que vigilamos. El monstruo vive en el pueblo y va a tener que mostrarse. Todo consiste en esperar.


Transcurrieron varias horas. El anochecer temprano de esa estación se hizo presente. El viento cobraba intensidad. Marta se decidió a esperar el día siguiente ocupando una de las habitaciones altas del bar.


Gustavo y Fernando debieron volver a cumplir con la ronda dispuesta para dar caza al asesino. Se escuchaban a lo lejos los silbidos de alerta.
BAR


De pronto se apagaron las luces. El viento había hecho caer una de las torres de la vieja usina.


Marta Riglos sintió entonces cómo el miedo comenzaba a dominarla. El viento, la arena; la selva de viento en donde no podía estar ausente la fiera carnicera.


Repentinamente escuchó unos disparos y después gritos fuertes,y una sombra extraña y encorvada cruzó la calle. Marta alcanzó a verla,ayudada por la escasa claridad de la noche.


De pronto escuchó que alguien subía la escalera y se detenía frente a la puerta. Afuera el viento seguía gritando, agitándose enfurecido.


¿Quién es? ¿Quién viene? (Sólo dos personas saben que yo estoy aquí, solamente lo saben Fernando y Gustavo,y ahora el monstruo...)


El desconocido trataba de abrir la puerta.
¡Váyase!


¡No me haga daño! ¡Váyase! ¡Váyase!


La puerta se abrió violentamente. Entre las sombras apareció un hombre.
¡No!


¡No le haga daño a mi hijo! ¡Váyase! ¡Por favor, váyase!


El desconocido avanzó torpemente. Marta Riglos sintió como si hubiera llegado su final. Sólo la Providencia podría salvarla.







En el suelo, con la mano contraída sobre un revólver, estaba Fernando.









Había pasado la tormenta. Marta y su hijo consiguieron una buena casa para vivir. Todo recomenzaba. Había una buena posibilidad de ser feliz.







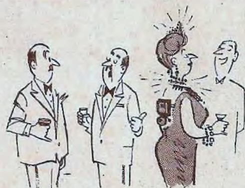
MOMENTO HUMORISTICO



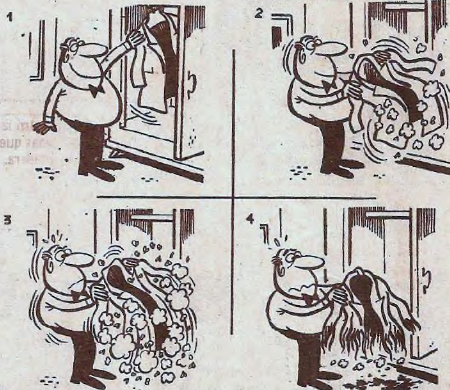
- Algo anda mal. Las hormonas en lugar de hacer crecer al árbol hacen crecer a las lombrices.



- ¿Puedo preguntarles qué hacen ustedes en mi jardín?



La compañía de seguros le puso la alarma allí para mayor seguridad.



Dr. KILDARE

en: EL CURANDERO

Por KEN BALD


























¿Y usted, agente?
No lo sé, doctor. Fue detenido por asalto, atentado contra la propiedad y resistencia a la autoridad. Lo consultaré con el sargento.


Sky. , . Sky. . . ler. . . Sky. . .


No lo entiendo claramente, señor. Pero parece estar farfullando algo así como Skyler.


¿Le has aplicado sedantes?
Sí, señor.


Llámame cuando recupere el conocimiento. A propósito, ¿tiene consigo alguna identificación?
No, señor. No traía billetera. Sólo dinero suelto.


-Ben Tyler. . . Así se llama nuestro belicoso paciente, señor. No quiere cooperar. ¿Quisiera hablarle usted?


Me temo que no sepamos mucho de esa enfermedad que usted sufre, señor Tyler. Sólo sabemos que es muy dolorosa.
¡Ya lo creo!


Hay algunas drogas analgésicas que resultan eficaces. . . , pero su efecto es sólo temporario.
Démelas, doctor. No me matarán. Además, quiero salir de aquí.


Le receté tricloroetileno a Tyler, señor. Le causó algún alivio, pero no mucho.
Sugiero que trates de inyectarle alcohol en las raíces nerviosas.


¿Quiere ponerme una inyección de un nuevo no sé qué?
Sí, señor Tyler. Creemos que ayudará a calmar su dolor.


No le pido nada, excepto que me deje salir. Búsqueme los pantalones, señorita, y dígame cuánto les debo.


No me gustan las inyecciones y todas esas chucherías de moda que quieren inyectarme. . . ¡Oooooh. . . !


¿Otro ataque?
Sí. . . Peor que nunca. . . Como agujas que se me clavaran en la mandíbula. . . , en las mejillas. . . , en la cabeza. . . Duele espantosamente . . .


Prepare al paciente para inyecciones de alcohol, enfermera.
Sí, señor.


A veces, la neuralgia trigeminal desaparece, señor Tyler.
¿Cómo piensa usted tratarme?











El nombre que Tyler mencionaba constantemente...







Los doctores Gillespie y Kildare continúan buscando infructuosamente en la guía telefónica al "Skyler" que mencionaba Ben Tyler.





–¡Claro! Es un lugar ideal para la pesca. Queda cerca de la frontera canadiense. Jim..., tienes por delante un largo fin de semana.







–Mata dos pájaros de un tiro. Reúne tus elementos de pesca, vete a Little Forks, y mientras estés allí averigua sobre ese doctor Skyler.

¿Dónde está el doctor Kildare?

Va a tomarse una licencia algo prolongada. Creo que va de pesca.

¿Sabe adónde se ha ido?

Creo que a un lugar de la frontera. Little Forks, o algo así.

¡Little Forks!

Kildare llega a una fonda de Little Forks.

¿Hay alguien aquí?

En seguida estoy con usted. Tenemos aquí un caso de emergencia.

—¡Tiene que llamarlo! ¡El dolor me está matando!

Ya he mandado a buscarlo, Kate. Tal vez el doctor Stanley llegue antes que él.

Soy médico. Tal vez pueda ayudar.

Bueno..., no sé. Hemos hecho buscar al doctor Stanley, pero él ha salido a hacer una visita. Luego, Kate pidió que lo llamáramos a el..., de modo que lo hemos hecho llamar.

¿El? ¿Es el médico?

No. No es médico.

Extienda el brazo, por favor.

Deje el brazo expuesto al aire, sin vendas. Ya no sentirá dolor.

Gracias, Sky (*) Healer. ¿Cuánto le debo?

Con su gratificación basta. Adiós.

(*) Médico celestial.

La parte quemada ya no duele ni pica. ¡Oh, Sky Healer, qué bien me siento!

Le ha aplicado cierto ungüento. ¿Es médico ese hombre?

¡Ja, ja, ja! ¿El, médico?

¡Qué esperanza! Apenas es una combinación de baqueano y hechicero indio.















-Tal vez pase el fin de semana pescando. A todo esto, doctor..., encontré a un personaje más bien raro en la fonda.

















¡No! Lo grave es que hace visitas médicas. Y lo peor es que una gran parte de este pueblo supersticioso confía ciegamente en él. Me hace la vida insoportable.

Sería capaz de hacerlo arrestar. Pero si lo intentara, la gente se reiría de mí. "Es inofensivo", me dicen. ¡Claro que es inofensivo!









































Sabe que soy médico, y que visité al doctor Stanley. ¿Qué más sabe?

Que probablemente usted comparte la repugnancia de sus colegas hacia un chapucero médico como yo.














Por ejemplo, un monje nos enseñó a usar el antimonio, un fraile a extraer cálculos, un cura a sanar los calofríos. Sus antepasados indios nos enseñaron el uso de la lobelia para aliviar los espasmos del asma.


En otras palabras, quiero hablar con usted sobre medicina. Específicamente, la medicina que un paciente mío necesita de inmediato.


¿De modo que quiere hablarme como un profesional a otro? ¿Y tiene un paciente sobre el cual desea consultarme?
Exactamente.


¿Y las espantosas advertencias del doctor Stanley no lo atemorizan?
En absoluto.


Usted es intrépido, doctor Kildare. Por aquí me conocen no sólo como Sky Healer, sino también como "el beso de la muerte".


Hace cuatro siglos Paracelso dijo que la medicina no es sólo una ciencia, sino también un arte. Mis antepasados practicaron ese arte.


Descubrieron que las hojas de tabaco pueden extraer el veneno de una herida. Conocían las propiedades de la corteza peruana..., ustedes la llaman quinina.


Descubrieron el guayacol, la ipecuana..., todos ellos usados actualmente. ¿Salvajes, doctor Kildare, o abnegados artistas en busca de métodos para calmar el dolor?


Este pie está al pelo, Sky Healer. Ahora dígame... Usted no habla como un habitante de la selva. Ha citado a Paracelso, a Galeno...


En la universidad del estado obtuve un grado académico en bacteriología. Quería ser médico, pero se me acabó el dinero.


Pero aunque hubiera conseguido graduarme como médico, igual me hubieran mirado como a un indio advenedizo. Por eso me hice baqueano.


Y aquí me tiene, convertido en el curandero del lugar. Me toman a risa, pero la gente civilizada es supersticiosa.


Ellos creen en mi magia india y, cuando nadie los mira, vienen a verme.


Se avergüenzan de sí mismos, pero, cuando están realmente asustados, no temen ser ridiculizados por aceptar un poco de la brujería salvaje.









¿No irá usted a verlo? Cuando se convenza de que no podrá ser curado con sus métodos, tal vez acepte ser operado.









Francamente, no se qué se le habrá ocurrido a Leonard Gillespie para pensar que un hombre como Sky Healer podría hacerle algún bien a su paciente...

...pero no me sorprende que Sky Healer haya rechazado su sugestión. El sabe que, una vez sometido a la prueba de la verdadera ciencia, estaría liquidado.










Y su paciente Ben Tyler es parte de ese círculo. La necesidad que él siente de mi ayuda es parte de un círculo de fe. Si él cree en mí..., entonces tal vez yo crea en mí mismo.


De modo que éste es Blair. Lo hace sentirse pequeño a uno..., como los árboles gigantescos de mi selva me hacen sentirme insignificante.
Es sólo cemento y ladrillo, Sky Healer.


Los hombres..., hombres como usted y yo..., dan a esta estructura su función. Sin nuestras manos y nuestros corazones, todo esto sería inútil.


¿Nuestras manos..., nuestros corazones? ¿Quiere decir, doctor, que un pobre indio charlatán como yo puede ser de alguna utilidad para sus semejantes?
No lo dude, Sky Healer.


Bienvenido a Blair, Sky Healer. Ha sido muy amable al venir.


Recuerde, Sky Healer: Tyler espera milagros de usted. Podría reaccionar desfavorablemente cuando comprenda que usted no trae en su valija ningún elixir mágico para él.


Lo sabía, señor.


¡Sky Healer! ¡Viejo medicastro! ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?
Hola, Ben.


Tus amigos pensaron que yo podría prestarte alguna ayuda.
¡Claro que puedes! Sólo tienes que frotarme la cara con uno de esos menjunjes indios, y quedaré como nuevo.


No tengo nada que pueda curarte, Ben.
Dilo otra vez, Sky Healer.


¿Qué quieres decir? ¿No tienes nada que pueda calmarme este dolor atroz?


Sufres de neuralgia trigeminal, Ben. Esa no es mi especialidad.


Soy bueno para mordeduras de víboras, o para quemaduras, o para arreglar huesos dislocados. Pero me temo que para esto que tú tienes no haya nada bueno en mi valijín.
-Déjate de bromas, Sky.


Tyler no puede creer que Sky Healer no tenga nada capaz de aliviar su torturante neuralgia.
¡Cúrame!


No tengo ningún elixir mágico, Ben. No hay brujería india capaz de curar tu dolor. Lo siento, amigo.

















-Siempre has sentido orgullo de tu fuerza, Ben. Si sigues soportando esta enfermedad, la perderás. Ya la has perdido hasta cierto punto.











































Egidio Esteban/2019


Si quieres que me quede..., me quedaré, por supuesto, Ben


Quiso que me quedara. No creí que... Es decir, no sabía que...


¿No sabía qué importante ser humano es usted, hijo mío?


¡No soy para él simplemente un indio de los matorrales! ¡Soy un amigo!


¿Adónde se va, Sky Healer?
Andaré por allí mientras lo operan a Ben . ¿Por qué?


Me preguntaba si no le gustaría "andar por ahí" en la sala de operaciones.
¿Quiere decir, mientras operan a Ben ?


Jamás soñé con participar en ninguna operación. No me parece que sea muy importante para...
Usted es sumamente importante. Tiene la aprobación del enfermo.


Sky Healer, con el aliento contenido, observa fascinado la operación.


Sueños que creía olvidados asedian su mente...
(Pensar que yo podría haber estado haciendo esta operación...)


...y de pronto, ¡la realidad!
(Pero... es demasiado tarde para todo..., menos aceptar lo inevitable.)


Ben se pondrá bien. Por tanto, ya no tengo por qué quedarme aquí.
Hay sobrados motivos para que se quede, joven.


Es que ya no hay nada que pueda hacer por Tyler.
Cierto. Pero puede hacer mucho por Sky Healer.


-Su "talipes equinus". ¿Quiere que le corrijamos el pie?
-¿Qué ganaría con pensar en eso, doctor Gillespie?


¿Curarme el pie? No puedo permitirme ese lujo. Apenas soy un baqueano con habilidad para aplicarme remedios indios.


Joven, la medicina es un trabajo de equipo. El mejor cirujano será impotente sin un buen anestesista, sin enfermeras y ayudantes, y sin...


. . . alguien que inspire confianza. Por eso lo necesitamos para curar a Ben Tyler. El hospital le debe, pues, algo. ¿Podríamos pagar esa deuda haciéndole una operación?


Bien, ¿cómo se siente?
Asustado. . . y perplejo.


Toda mi vida me rebelé contra la gente egoísta y cruel. Entonces lo conozco a usted. . . y conozco al doctor Gillespie.


Así un pobre indio de la selva hace un importante descubrimiento: que hay gente decente en este sucio mundo.


(No debo dejarme llevar por la creencia de que la operación será un éxito, igual que aprender a tocar el piano en diez lecciones.)


(Si me ilusionara y luego las cosas salieran mal quedaría más amargado que ahora.)


Todo ha terminado, Skay Healer. Y el doctor Bailey dice que ha sido un éxito completo. ¿Algún comentario?
Amén.


No tema. Descargue todo el peso del cuerpo sobre ese pie, Sky Healer.
Esto me recuerda mi niñez, cuando Gacela de Verano. . ., ésa era mi madre. . .


. . . me decía que no temiera. . ., que caminara. Y entonces caminé. . .


. . . pero lo hice con esfuerzo. Porque estaba tullido. Bien, ahora ya no soy un tullido. Soy un hombre entero. . . por primera vez en mi vida.


¡Sky Healer! ¿Qué demonios haces vestido con esa ropa de enfermo?


Me han operado del pie, Ben. Ahora camino bien. . ., aún sin el bastón:


Bien. . ., ahora sí que vamos a darnos la gran vida, ¿eh? ¡Vamos, Sky Healer! ¿No estás contento?


Un penique por sus pensamientos, Sky Healer. Y, para un médico residente, eso es un derroche.
Estaba cavilando, doctor Kildare. . .


...sobre qué me parecerán ahora la selva..., mi pequeña choza..., el tipo de vida que he llevado hasta ahora.


¿Tiene que volver allá?
Es el único modo que tengo de ganarme unos míseros dólares. No, la gente como yo no tiene muchas oportunidades.


¿Adónde va?
Tranquilícese. Ya lo sabrá.


Hola, Sky Healer. Doctor Martin, éste es el joven de quien le hablé.

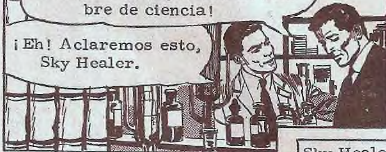

¿Le parece que podrá trabajar con un médico exigente y malhumorado como yo, joven?
¡Trabajar con...! Pero,¿qué clase de trabajo, señor?


-Bueno, usted dijo que dudaba un tanto sobre la conveniencia de regresar a la selva, ¿verdad?
Mis colegas me dicen que usted conoce los procedimientos curativos indígenas.


Estoy haciendo investigaciones sobre ese tema, y necesito toda la ayuda que pueda obtener. ¿Le gustaría trabajar conmigo, hijo?


¿Yo... un científico? Yo... no sé qué puedo hacer, doctor.


-Ya lo averiguaremos. Mientras tanto, ponga en condiciones ese pie. Para trabajar conmigo, necesitará toda la fuerza de sus piernas.
Nosotros lo estamos explotando a usted. Usted tiene conocimientos que son necesarios para la ciencia médica, y nosotros le vamos a quitar hasta el último gramo de ese conocimiento.


Es como un sueño. Un sueño que jamás me atreví a acariciar. ¡Trabajar con un hombre de ciencia!
¡Eh! Aclaremos esto, Sky Healer.

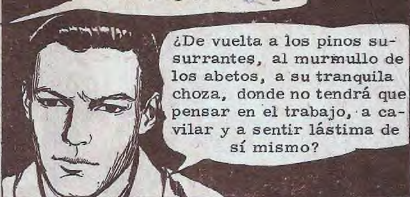

Daré todo lo que pueda... con todo mi corazón.


Sky Healer da sus primeros pasos en un mundo extraño para él .


Su actitud es una confusa mezcla de sobrecogimiento y excitación ante el reto que le ofrece su nueva carrera.















¡Cómo! ¿No vienes conmigo, Sky Healer? Aquí no hay nada que pueda retener a gente como tú.

Tal vez no, Ben ...














LA SEÑORA VERÓNICA

POR **ANDRÉ THEURIET**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DAVID COOPER

Intervalo Álbum 109 - XV - 9/1965

Los bosques y la campiña de Argonne, extendidos entre las mesetas del Verdunois y las montañas de Champagne, constituyen una de las más bellas y pintorescas regiones de Francia. Una tarde de cierta primavera, cuando el color de las flores...

...matizaba ya la verde extensión, una joven había ido a sentarse a lo hondo de una barranca que desemboca de pronto frente a la aldea de San Gengoult.





Tal barranca es conocida en el país con el nombre de "Cima de las Siete Fuentes", y el manantial que la riega está dotado, según la superstición de los lugareños, de virtudes milagrosas: cura las penas de amor y corta las fiebres intermitentes.

La joven era menuda pálida y morena, y no parecía tener más de veinte años. Un velo de encaje ponía un marco delicado al óvalo de su rostro, y completaba su sencillo y sobrio atavío.





Sus ojos verdes, profundos y húmedos, conferían a su rostro una enigmática atracción. Es que, además, aquella joven que leía, al atardecer, en aquel poético paisaje, parecía envuelta en una aureola de misterio.

Esto, por lo menos, fue lo que pensó un joven cazador que, con la escopeta al hombro, se había detenido en la cresta de la barranca, oculto por unas plantas, y examinaba con creciente interés a la joven del velo.



Para verla mejor, apartó las ramas y se acercó. Las hojas secas crujieron bajo sus pies, y la joven, volviendo sorprendida la cabeza, vio que no estaba sola.



Entonces se levantó, cerró el libro y, lentamente, sin afectar que precipitaba la marcha, se alejó en dirección a la aldea.



El cazador, en pie sobre la pendiente de la barranca, siguió con la mirada a la desconocida hasta que salió del bosque. Pasó al lado de una vieja que se ocupaba en cortar ramas. La vieja se estremeció de miedo, al reconocer al cazador, y sobre todo al ver la preocupada expresión de su rostro.





Defraudado por la pobreza de estos informes, Gerardo La Faucherie dejó a la vieja y tomó el camino de San Gengoult. Marchaba a buen paso, procurando descubrir a la desconocida. Cuando volvió a verla, ella empezaba a bajar por un sendero que desembocaba en la calle principal de la aldea.



Llegaron al fin a la Plaza Verde. La joven se internó por entre una plantación de tilos hasta llegar a una casa vieja, con tejado de pizarra, que era una de las más suntuosas del barrio. Gerardo reconoció en seguida la morada del señor Obligitte, un rico comerciante en maderas.



La puerta se cerró tras ella. Y La Faucherie permaneció unos minutos detenido, dominado por una extraña sensación, como si aún no se hubiese desvanecido en sus ojos la imagen de la hermosa mujer que acababa de desaparecer.



Luego, el joven cazador volvióse y rehizo el camino que acababa de andar.



Gerardo La Faucherie vivía en el Doyenne, a unas dos leguas de San Gengoult, y era ya de noche cuando llegó a su casa, donde su madre lo esperaba con impaciencia.



La señora de La Faucherie era viuda, y Gerardo era su único hijo. Lo había tenido diez años antes de la muerte del coronel La Faucherie. Lo amaba con una ternura apasionada, exclusiva, y jamás quiso separarse de él. Por esta causa, no influyó para que su hijo...



...marchase a París a seguir la carrera del padre (como le aconsejaron los parientes) ni otra, y aprobó que Gerardo se quedara en la propiedad de Argonne, ocupado en administrar los bienes de la familia. La viuda del coronel solía decir a sus amigas, haciendo alusión a su hijo:



Y fue en el Doyenne, el delicioso valle de los bosques y la campiña de Argonne, donde el alma de Gerardo se abrió a la vida, teniendo por única maestra y guía a su madre, y a la naturaleza bella, silenciosa y fecunda por ejemplar preceptora y modeladora de su carácter sincero y, a la vez, ardiente y reposado.



La madre quiso hacer de él un hombre, pero un hombre según su sentir materno: generoso sin debilidad, viril sin violencias ni groserías. Así, bajo el cuidado del amor más ferviente y divino que existe, Gerardo creció sano de cuerpo y alma. En su ser y carácter tenía mucho de la verde selva...





...que lo circundaba, y un no sé qué de soñador y novelesco en el corazón. Su madre estaba orgullosa del hijo y, llegado a los veintiún años, es decir la mayoría de edad, su preocupación principal era casarlo con una señorita digna de él. Esto de "digna de él" nunca había tenido...



...en la conciencia de la señora de de La Faucherie más que una significación moral, pues sus ideas modernas la aligeraban de otros prejuicios con respecto a la fortuna o a la posición social de la novia. Lo que la madre anhelaba era que su hijo amase a la...



...esposa con quien formase un hogar, y le diesen hermosos nietos, en medio de los cuales se veía ya, de tanto soñarlo, la generosa señora.

La novia no había aparecido aún, y en tanto, la juventud de Gerardo, estallando en medio de su educación excepcional, trajo como consecuencia sordas y vagas agitaciones, cavilaciones, tristezas inexplicables.




La imagen del eterno femenino comenzaba a ocupar el pensamiento de Gerardo, lanzando flechas a su ardoroso corazón. Y el fantasma del amor empezó a perseguirlo en sus lecturas, en sus correrías de cazador, en sus sueños y vigilias. Había llegado a concebir su enardecida fantasía que...


...en una de las tantas andanzas, la mujer de sus sueños surgiría del bosque como las náyades de los mitos surgen de las fuentes.


Y he ahí que en ese atardecer, al subir la barranca de la "Cima de las Siete Fuentes", había surgido ante él Verónica.
(Volveré mañana a ver si la encuentro allí de nuevo...)


Dos años hacía que la madre planeaba casar a su hijo. Había confiado su proyecto a un antiguo vecino, el señor Vendières. Este, que era ya viejo, sonrió, y ambos pasaron revista a los buenos partidos de la comarca. Entre tres o cuatro señoritas casaderas, el señor...


...Vendières nombró a la hija de un rico comerciante en maderas, el señor Obligitte, al que ya hicimos referencia.
Adelina Obligitte es bonita, y posee fortuna más sólida que las demás, aunque no sea tan aristocrática.


Lo de la fortuna y la aristocracia me importan menos que la honestidad y las cualidades de carácter, puesto que mi hijo heredará un cuantioso patrimonio y no necesitará que su mujer lo tenga.


Los informes del vecino acerca de lo que interesaba a la señora de La Faucherie fueron escasos, y ésta quedó en informarse mejor, a fin de dar los pasos que llevarían a su hijo al matrimonio con la señorita Obligitte, o buscar otra novia en caso de que ésta no reuniese las condiciones deseadas.


Después de un viaje a San Gengoult, la señora de La Faucherie se sintió satisfecha de emparentar con la familia Obligitte. Si bien no había obtenido acerca de Adelina más informes de los que poseía, había conocido personalmente al señor Pedro Obligitte, hombre honrado a carta cabal, que había amasado su fortuna con grandes sacrificios.

"La hija ha de ser digna de tal padre", se dijo la señora de La Faucherie. Esperaba que se presentase una ocasión propicia para hablar a su hijo respecto a sus planes, y he ahí que, una noche, se sorprendió cuando Gerardo le preguntó, a boca de jarro: —Madre, ¿conoce usted a los señores Obligitte, de San Gengoult?



¿Por qué me lo preguntas? Quizá has conocido a la señorita Obligitte y...



Gerardo se sonrojó. Iba a contestar que sí, imaginando que la hermosa joven que había seguido era la "señorita Obligitte"; pero no se atrevió a contar a su madre la "aventura" de esa tarde. Sin que pudiese explicárselo, el joven La Faucherie estaba dominado por un extraño pudor, que le impedía ser confidente hasta con aquella a quien jamás nada ocultaba.

No tengo idea de cómo es la señorita Obligitte, aunque me gustaría conocerla. He oído que es hermosa, seria y muy culta.



Gerardo dijo esto teniendo presente la figura de la joven que encontró esa tarde en la "Cima de las Siete Fuentes" y lo que dedujo acerca de su carácter cuando ella se alejó, al verse sorprendida mientras leía. La madre, en cambio, interpretó que la Providencia ayudaba sus proyectos, y decidió ayudar también ella a la Providencia.

Por cierto, Gerardo, es tiempo de que vayas pensando en buscar una novia... y en casarte. Te invito a que reflexiones sobre esto, y a que conversemos acerca de lo que decidas.

Lo haré, mamá...



Y no se añadieron más palabras al diálogo. Gerardo se fue a su cuarto, y la madre quedó pensativa.

(No es casual esa mención que Gerardo hizo de los señores Obligitte... ¿Qué le habrán dicho acerca de esa muchacha para que Gerardo esté tan interesado?... Lo he leído en sus ojos, en su voz.)



Esta madre, después de haber consagrado a su hijo los mejores años de su segunda juventud y de haberle prodigado todas las ternuras de su corazón, quería aún ofrecer a su hijo la dicha en el amor de otra mujer, creyendo que nadie sabría elegir a ésta mejor que ella, ni siquiera Gerardo.



"¡Mañana mismo diré a Vendières que me presente a la señora de Obligitte, a quien sondearé con respecto a mi proyecto de boda!... Doy por descartado que lo aprobará, puesto que no hay en esta comarca otro partido como mi hijo", se dijo.



En tanto la madre se ocupaba en esto, secretamente, Gerardo salía de caza más a menudo que de costumbre. Cien veces volvió a la "Cima de las Siete Fuentes" con la esperanza de encontrar por segunda vez allí a la presunta señorita Obligitte, pero regresó desengañado.



"Es indudable que yo no le he interesado a ella, como ella me interesó a mí... Más aún: pienso que no ha vuelto a leer a aquel sitio temiendo encontrarse conmigo", pensaba.

Y al imaginar esto, una ráfaga de amor propio, de despecho, se abría paso en el corazón de Gerardo. Y su orgullo de hombre y de La Faucherie se sentía espoleado.



(Por más que me rehuya, se encontrará frente a mí... Me presentaré en su casa, con el pretexto de tratar con el padre cualquier asunto comercial, y pediré a éste que me haga conocer a su hija.)

Pero no tuvo necesidad Gerardo de apelar a este recurso para encontrarse frente a la señorita Obligitte. No había vuelto a hablar una palabra de ella con su madre, cuando ésta, una tarde, después de volver de Gengoult..

Voy a darte una noticia que te agradará, Gerardo: hoy he conocido a los Obligitte. Estuve en casa de ellos con nuestro vecino Vendières.



La sorpresa impidió hablar al joven. La situación parecía haber tomado, inesperadamente, la forma de sus deseos. La madre prosiguió: —Es una familia excelente, rica, distinguida. Han educado a la hija en uno de los mejores colegios de la ciudad.

Le gusta leer... y es algo vanidosa, ¿verdad?

La señorita Obligitte es encantadora, hijo... Sus padres y ella han insistido en que te lleve a su casa... ¿Quieres visitarlos?

Gerardo dijo que sí de una manera tan precipitada y vehemente, que la madre volvió a imaginar que la Providencia seguía mediando en su favor.

Pues bueno, hijo: estamos invitados para ir a almorzar con ellos el próximo domingo... Dando por descontado que querrías, acepté.

El domingo, la morada de los Obligitte tomó un aspecto que no era el habitual. Sus dueños, enterados a fondo por Vendières (que era de esos amigos fieles a ambas partes) del proyecto que rumiaba la viuda de La Faucherie, no cabían en sí de alegría y ...

...se esforzaron para que los visitantes quedaran ampliamente satisfechos y agradecidos. No obstante esto, los esposos Obligitte decidieron no enterar a la hija de los proyectos que, más allá de las candilejas, digamos, acariciaban ellos y la señora de La Faucherie.

Veamos antes qué impresión causa a nuestra hija el tal Gerardo...

Tampoco la señora de La Faucherie confesó a su hijo el proyecto que llevaba entre manos. Y sin embargo, al descender del coche ante la casa de Obligitte, en el corazón de Gerardo se agitaba la misma ilusión que en el corazón de la madre con respecto a la única hija de los que pronto se contarían entre sus amistades y, quizá, entre los parientes más allegados.

(No veo el instante de estrechar su mano, de hablar con ella.. Le preguntaré por qué huyó de mí el otro día, como si fuese un bandido del bosque.)

Los señores Obligitte salieron a la escalinata para recibirlos, seguidos por una joven rubia, alta y bastante guapa, pero que no era aquella a quien Gerardo había seguido, y a la que presentaron...

Nuestra hija Adelina...; el señor La Faucherie...

Encantado de conocerla, señorita... (¡Santo Dios, qué confusión he padecido yo entonces!)

No acertaba a explicarse el "fraude" que había hecho a su propio corazón. Pensó que, quizá, la joven que él siguió había entrado en la casa contigua a la de los señores Obligitte.

(Si se me hubiese dicho que la hija de los señores Obligitte se llama Adelina, mi engaño se habría disipado antes de llegar a una situación ridícula... Porque la que yo seguí, según la vieja que me informó, se llamaba Verónica.)

Y Gerardo sintió de pronto impulsos de marcharse con un pretexto cualquiera. Nada tenía que hacer ya allí. La "verdadera" señorita Obligitte le resultaba una rubia insulsa, frívola y presuntuosa. Pero su buena educación y el respeto que debía a su madre frenaron sus impulsos, y se adaptó a la situación en que se hallaba, tratando de ser cortés.

¿Quiere venir conmigo a la biblioteca, señor La Faucherie? Pediré a mi prima que toque el piano.

¿Su prima?

Es claro que usted nos visita por primera vez y no conoce a Verónica... Voy a presentársela.

El enigma comenzaba a aclararse. Verónica era una sobrina de los Obligitte que vivía con ellos. Gerardo, atolondrado por la sorpresa...

Conozco a su prima. Nos encontramos, hace algún tiempo, en las afueras de Gengoult.

¡Qué extraño! Verónica no me habló nunca de tal *encuentro*...

La Faucherie se dijo que acababa de cometer una indiscreción, pues la verdad era que no tenía derecho a decir que conocía a Verónica, ya que en aquella ocasión la había observado oculto entre unas plantas y, apenas se dejó ver, ella se había marchado. Sin embargo, no bien entraron en la biblioteca, Verónica se adelantó hacia Gerardo, impulsivamente...



Ante esta salida inesperada, Gerardo se colocó en el plano de la verdad, inquiriendo amablemente: — Si sabe usted quién soy, ¿por qué huyó de mí, cuando nos encontramos en el bosque, como una gacela?



..."subió la barranca, y aguardaba que, al verme concentrada en la lectura, se marchara sin interrumpirme."



La Faucherie enrojeció hasta las orejas. A fin de salvar la situación, trató de dar al asunto un giro risueño: — Espiaba para convencerme de si era usted una mujer de carne y hueso o una ninfa o diosa surgida de las Siete Fuentes, que son milagrosas, como habrá oído.





La joven calló un momento. Luego dijo: — No puedo explicárselo sin que conozca usted la historia de mi vida..., cuya desdicha es mayor que la de esas dos heroínas. Pues ellas, aunque se hundieron en la muerte, la buscaron impulsadas por un amor más fuerte que la muerte, precisamente para unirse al hombre que amaban. En cambio, yo...





..."ella me informó quién era usted."



Al tomar este giro el diálogo, Adelina Obligitte pareció molestarse, e intercedió para decir: — Mi prima está con nosotros desde que... perdió a su marido. — ¿Viuda?



En ese momento aparecieron los señores Obligitte con la señora de La Faucherie, a quien presentaron a Verónica, pues ésta no estaba en casa en la primera visita de la madre de Gerardo.





Y ejecutó magistralmente algunos valses de Chopin.


Luego...
-Ahora, mi hijo les hará oír algo popular... Adora la música, y créanme ustedes que no ha tenido más profesora que su madre, que le enseñó bien poco... Pero él tiene facilidad y ha hecho prodigios.


La señora de La Faucherie hablaba de su hijo como lo haría cualquier madre que está orgullosa del suyo; pero no advirtió que con ello impulsaba a Gerardo, no hacia Adelina Obligitte, sino hacia Verónica. Por lo demás, la inclinación que el joven La Faucherie sentía por ésta desde el encuentro descripto, no...


...necesitaba ya de ese "impulso" materno para ser definitiva y tomar la forma de un amor profundo y avasallador.
(Amo a Verónica... ¡Sí, no cabe duda de que es a ella a quien amo!)


No obstante, se cuidó muy bien de confesar esto a su madre. Verónica vivía con sus tíos desde hacía un año, y su permanencia allí, así como ciertos viajes misteriosos, habían excitado vivamente la curiosidad de los habitantes de San Gengoult.


Nadie sabía nada exacto acerca de ella, y la familia Obligitte guardaba sobre este punto la más absoluta reserva. Todo lo que se pudo averiguar se redujo a esto: Verónica era verdaderamente sobrina del comerciante en maderas; se había casado en Alsacia y, luego de un matrimonio que tuvo altibajos, había enviudado. Al término de...


...su luto, se instaló con sus tíos. Estos la querían sinceramente; pero la señora Verónica no gozaba de mucha simpatía en el vecindario, por su actitud reservada y sus gustos serios.


A dos o tres que intentaron cortejarla, los alejó enérgicamente; ello sirvió para que los demás la dejasen tranquila, que era lo que Verónica deseaba. A pesar de no contar más que veinte años, su carácter tenía el aplomo de una mujer de treinta. Y tal carácter, unido...


...a una inteligencia despierta y a una sólida cultura, ponía a la forastera por encima de cualquiera de los mozos de San Gengoult. Sólo Gerardo estaba a su altura, espiritualmente, y esto se vio sobre todo en cuanto el joven dio en visitar asiduamente la casa de los Obligitte.


Esas visitas eran dedicadas, aparentemente (y esto llenaba de contento a la señora de La Faucherie y a los señores Obligitte), a Adelina, que era quien, en su calidad de dueña de casa, invitaba a Gerardo y salía la primera a recibirlo.







Ocurrió que en una de las visitas que Gerardo hizo a casa de los Obligitte, éstos habían ido hasta la ciudad próxima, con Adelina. Y, una vez introducido por la criada, se encontró a solas con Verónica. Esta recibió cordialmente al joven, pero dio muestras de una injustificada nerviosidad. De pronto...









Verónica se zafó de las manos que la aprisionaban. Había estado a punto de ceder, vencida por una pasión nacida en su pecho al mismo tiempo que la de Gerardo, pero que se había esforzado por contener, al principio, por reprimir después, y que necesariamente debía olvidar, destruir. El avanzó de nuevo hacia ella, que retrocedía









-¡Seamos amigos, señora Verónica! — clamó al fin. Mas ella también rechazó esta proposición: — Una mujer como yo no puede tener amigos, si quiere conservar su reputación.



-¿Por qué? —inquirió La Faucherie. Verónica se justificó falsamente: — Pues porque..., porque..., ¿no comprende que eso sería traicionar a mi prima?



Gerardo llegó a su casa desconsolado, enfermo. Alarmada, la madre pudo al fin arrancarle la confesión. A ella también le había impresionado muy bien Verónica, y como la alegría y la felicidad de su hijo le importaban en el mundo más que todo lo demás, le propuso:



...que te cases con ella. Hablaré con los señores Obligitte, que son gente muy razonable, y les expondré lo que ocurre. En tanto, sería conveniente que tú te marcharas por algún tiempo. Podrías realizar un paseo de dos semanas por la región de las Islillas; tu alejamiento facilitaría la solución del conflicto.

En las Islillas, Gerardo fue a ver a un antiguo sargento de su padre, un tal Brulant, que se había establecido con un aserradero y ganado una buena fortuna. Con Brulant se internó hacia la zona boscosa de...



..Lachalade. Al anochecer una tormenta los sorprendió allí, y el ex sargento sugirió que se guarecieran en el Horno de los Monjes.



..."que se montó últimamente una bodega y destilería de vinos. Quizá tú hayas oído hablar de su dueño, Bernardo de Tremble. Es un tipo muy interesante, desde uno o dos puntos de vista, pero mirándolo desde otros ángulos es..., en fin, ya sabrás lo que es."



De cualquier manera, si no lo encontramos ebrio, Tremble nos ayudará a hacer más corta esta noche de perros. Es un conversador divertido. Porque no te creas...



Esta aseveración atrajo la atención de Gerardo, quien preguntó: — ¿De qué modo comenzó la desgracia de Tremble? Brulant contestó: — Yo no conozco más que la versión del bodeguero, que debe de ser muy parcial. Según parece, el matrimonio no congenió desde el principio, y hubo muchos incidentes, tras uno de los cuales...



..."la esposa huyó del hogar a buscar refugio en casa de unos parientes. Intervino el juez, pero Tremble, que estaba enamorado de su mujer, aunque se portaba como un bruto con ella, untó la mano de los testigos, de modo que no se encontraron causas válidas para el divorcio, que solicitó ella."



"El resultado fué que la esposa, ante semejante trampa, no quiso volver con su marido, y quedaron separados de hecho. El insistió por mucho tiempo en que era necesario que volviese a ocupar su sitio en el hogar, y tras su esposa vino a esta región. Cuando se convenció de que no lo lograría (de esto hace seis meses), compró el Horno de los Monjes e instaló allí la bodega y destilería que usted conocerá."



Tremble es hombre de dinero, según deduzco.

¡Quiá! Se arruinó en Alsacia, y aquí estuvo mucho tiempo viviendo miserablemente; pero es hombre culto y capaz, y no tardó en encontrar quien lo ayudase: el carbonero José Duterte le prestó dinero para...

..."montar la bodega y destilería."

¿Con qué garantía?

Bueno, el asunto es algo turbio... Parece que José Duterte tiene una hija que fué burlada por un leñador. Esto se ha sabido, y...



..."Duterte, que tiene mucho amor propio y un genio de mil diablos, debió resignarse a tener la hija en casa. Mas, desde ese día, la dominante obsesión de su vida fué casarla. Parece que Tremble gustó de la muchacha de modo bastante ostensible, cosa que incitó a José a realizar con él una especie de transacción de conveniencia: él facilitaría todo su dinero a...

... Tremble, para que instalase las bodegas, con la condición de que éste se aviniese a ser su yerno y todo quedara, así, en casa."

Gerardo interrumpió a Brulant para decir: —Pero ¿no es que Tremble no se divorció? ¿Cómo se ha de casar, entonces, con la hija del carbonero? O quizá lo único que éste exija sea que el bodeguero la instale en el Horno de los Monjes.

¿Sin casamiento por civil e iglesia? ¡Usted no conoce a José Duterte! El trato (estoy perfectamente enterado) fue que Tremble se casaría con la joven Duterte a breve plazo, y...

..."como no ha podido cumplir todavía, de ahí viene una enojosa situación entre ambos, que José ha de liquidar malamente si no tiene el desenlace juramentado. Por su parte, Tremble va a hacer una tentativa para divorciarse de su mujer. Anda en eso, según creo, y sólo hace unos días ha logrado ubicarla."

El caballero Tremble estaba reclinado en un viejo sillón, fumando. Pareció contrariado al ver aparecer a los visitantes, pero casi se alegró cuando Gerardo, después de ser presentado por Brulant, le dijo que era del Deyonne.

¡Ya! Eso está a un galope de San Gengoult, donde vive mi... esposa.

La Faucherie se sobresaltó. Siguieron conversando, y el sobresalto de aquél se transformó en estupefacción, pues...

Mi mujer se llama Verónica... Hace un año que vive en casa de su tío Pedro Obligitte, en San Gengoult... ¿Lo conoce usted?

Gerardo no se atrevió a negar que conocía a Obligitte, pero se cuidó muy bien de decir que conocía a Verónica. Se habían sentado a la mesa y, mientras cenaban, bebían. Tremble tomaba copa tras copa, y con ello aumentaba su locuacidad.

Usted, señor La Faucherie, me va a hacer el favor de interceder para que mi esposa me conceda una entrevista... Tengo que tratar con ella un asunto muy importante para el porvenir de ambos...



Tremble siguió hablando, con voz de borracho, solicitando la mediación de Gerardo, quien no pudo reprimirse al fin y lo mandó al demonio: —Yo, señor, me ocupo sólo de mis cosas; ocúpese usted de las suyas... Sin embargo, algo más que *lo suyo* debió ocupar a la Faucherie, dado que interrumpió a la mañana siguiente su paseo por las Islillas y regresó precipitadamente a San Gengoult.



Se dirigió directamente a casa de Obligitte, donde le dijeron que Verónica —por quien preguntó a la criada— estaba en su cuarto preparando las maletas, pues partía esa misma tarde. —¿Adónde? —inquirió Gerardo lleno de inquietud.

No sé, señor.



Entonces, sin tener en cuenta que estaba en casa ajena, Gerardo fue a la alcoba de Verónica y entró.

Perdóneme este atrevimiento, pero es necesario que hable con usted urgentemente y a solas...





Y le narró su visita a Tremble, en el Horno de los Monjes. Como respuesta, Verónica le contó la verdad, falseada en el relato de Tremble. Se había casado con éste, por conformar a su madre, ya que él era entonces rico y noble. Pero sólo era rico en apariencia, porque tenía más deudas que capital, y terminó...

...por perderlo todo. Verónica no hubiera dado importancia a esto, si Tremble hubiese demostrado ser un buen esposo; pero fue todo lo contrario: la engañaba continuamente, y cuando la falta de dinero alejó a las mujerzuelas que lo halagaban, dio en emborracharse.



Volvía ebrio a su casa con frecuencia y trataba brutalmente a su mujer. Esta no había perdido aún la esperanza de volverlo al buen camino. Quizá si le diera un hijo... Quedó encinta; pero perdió al niño a causa del castigo que quien iba a ser el padre infirió a la madre.



—Entonces se acabó todo para mí. No podía volver jamás junto al asesino de mi hijo, que hubiera sido mi consuelo en este mundo. Quise separarme legalmente, no para casarme de nuevo, ya que mis creencias religiosas no me lo permiten; pero sí para estar libre de Tremble. Sin embargo, éste encontró las influencias y el dinero necesarios para poner los testigos a su favor. Aunque se me denegó la separación, no quise volver junto a él. Desde entonces viví huyendo de sus amenazas, rechazando los ruegos que me hizo más tarde para que volviera.



"Hace seis meses me escribió una carta conmovedora, en la que me juraba estar arrepentido de su conducta para conmigo y me prometía que, si me reintegraba al hogar, sería un hombre ejemplar. No accedí entonces; pero ahora, sin que mi marido me haya llamado, vuelvo a ocupar mi sitio."

¿Qué dices, Verónica? ¡No lo permitiré!

¿Prefieres, entonces, que me arroje en el manantial?



¡Oh, no! ¡Eso, no!... ¡Antes me arrojaría yo!



Con voz serena, más serena que su corazón, la joven dijo: —Si realmente me amas, Gerardo, no te opondrás a que haga lo que voy a hacer. Y te diré por qué hago esto en vez de arrojarme en el manantial. No soy libre, ni siquiera una mujer divorciada, bien lo sabes. Si yo no te amara, si no te hubieses cruzado en mi vida, hubiera podido seguir viviendo como...



..."vivía. Pero ahora ya es imposible. No podría casarme contigo..." La Faucherie la interrumpió: —Brulant me dijo que Tremble quería divorciarse, y en tal caso...

Una separación legal no me permitiría, igualmente, casarme contigo. ¿Olvidas que se oponen a ello mis creencias religiosas?



Gerardo bajó la cabeza. Había en los motivos expuestos por Verónica algo que lo desconcertaba a pesar de todo. E imaginó que, más poderoso que todos los motivos que acababa de enunciar, debía de haber otro, el motivo *clave* que la incitaba a realizar un tremendo sacrificio. Y existía de verdad ese motivo *clave*, que es el que sigue. Apenas...



...su hijo partió para las Islillas, la señora de La Faucherie se dispuso, tal como lo anunció a Gerardo, a explicar la realidad de la situación a los señores Obligitte. Mas a último momento cambió de plan. Hablaría primero con Verónica; si la linda y buena viudita amaba...



...a Gerardo y estaba dispuesta a ser su esposa, llevaría la cuestión adelante. La decepción de la madre fue dolorosa cuando Verónica, con sinceridad y valentía, le declaró que su marido vivía y que ni siquiera estaba separada legalmente de él.



Entonces, fue la propia madre de Gerardo, atendiendo a sus sentimientos morales y a sus creencias religiosas, la que le pidió que se marchara de San Gengoult, única manera de devolver la paz a su hijo. Pero marcharse ¿era una solución? Siendo Gerardo audaz y apasionado como lo conocía, seguiría a Verónica hasta el fin del mundo y, quizá, cometería algún disparate.





Otra solución para una mujer sin recursos como Verónica, habría sido entrar en un convento, cosa que los reglamentos de cualquier orden le impedían, por vivir el marido. Quedaba la prueba definitiva, que sus creencias religiosas le vetaban, si quería salvar su alma. En este dilema, surgió una cuarta posibilidad: volver junto al hombre que la...


. . . reclamaba y había jurado enmendarse, pues no dudaba que Dios proveería justicia, premiando su generoso renunciamiento. Y adoptó la cuarta solución, que comunicó a Gerardo, disfrazada.


La presencia inesperada de Verónica en el Horno de los Monjes, conmovió a Tremble; le creaba un peligroso problema, con respecto a la palabra de matrimonio que había dado a la hija del carbonero Duterte. Pero unas copas le hicieron olvidar. . .


. . .tal peligro y, también, su decisión de divorciarse. Por el contrario, pidió perdón a su esposa, de rodillas, por el daño que le había hecho en otro tiempo y reiteró su deseo de enmendarse.


—¿De modo que te quedarás?
Para eso he venido. Soy tu esposa, y he venido a mi casa. . . Si me demuestras que eres todo un hombre, jamás me arrepentiré del paso que acabo de dar.


Todo marchó perfectamente durante dos semanas. Un día, Tremble fué a San Gengoult en busca de las maletas de Verónica, que ésta había dejado en casa de Obligitte. Como Obligitte lo trató seca y descortésmente, debió ir él hasta la ex alcoba de Verónica a fin de recoger dichas maletas. Y esto fue lo malo, porque, mezquino . . .


. . . y desconfiado como era, buscó con la mirada algo que le hablase de la vida que había hecho su mujer en aquella aldea. Y he ahí que de pronto, en el cesto de los papeles, advirtió el borrador de una carta de despedida que Verónica había empezado a escribir a Gerardo, y que después abandonó.


Esa carta, que revelaba el amor y el renunciamiento de Verónica en aquellas pocas líneas, enfureció a Tremble. Sin embargo, el encabezamiento no decía más que "Apreciado Gerardo". ¿Qué Gerardo era éste tan apreciado por la que creía que había...
Apreciado Gerardo


. . .regresado al hogar atraída por sus sentimientos? Para saberlo, entró en la taberna próxima a la Plaza Verde, y pidió informes acerca de los Obligitte y de la sobrina. Un parroquiano de esos que recogen cuanto chisme oyen, lo enteró de un rumor que había dado en circular: que Gerardo La Faucherie mantenía relaciones amorosas con la *viuda.*


Olvidando todo lo prometido a Verónica, Tremble se emborrachó en la misma taberna de San Gengoult, y de allí marchó al Horno de los Monjes donde dio en insultar a aquélla y en proferir amenazas. Siguiendo la palabra con la acción, se armó de una escopeta y. . .
¡Voy a matar a Gerardo La Faucherie!. . . ¡El muy cínico tuvo la desfachatez de dormir una noche en mi casa y beber de mi vino!. . .

Por primera vez, Verónica se irguió ante él como una fiera.

¡No harás eso! ¡No lo harás, si quieres que yo permanezca en esta casa! ¡Gerardo La Faucherie es mil veces más digno que tú, y lo que te propones no sólo es una injusticia, sino también una ignominia!

¡Ahora sí que no se salvará! ¡Tus palabras, en vez de contenerme, acaban de dictar la sentencia de muerte de Gerardo La Faucherie!



Tremble se lanzó barranca arriba, empuñando su arma. Alguien que aguardaba escondido entre los matorrales, para vengarse, disparó dos veces contra Tremble, que se desplomó sin vida.

Quien disparó contra él fue José Duterte, exasperado porque había entregado todo su dinero a Tremble, sin que éste cumpliera su promesa de casarse con su hija Brunila. Duterte tomó su determinación al saber que Verónica, la esposa legítima de su deudor (de la que éste juró haberse divorciado) estaba de nuevo instalada en el Horno de los Monjes, sarcasmo que Tremble agregaba a la burla del incumplimiento de su palabra. Algunos días más tarde, unos carboneros encontraron el cadáver de Tremble, y el bueno del ex sargento Brulant los ayudó a darle sepultura.





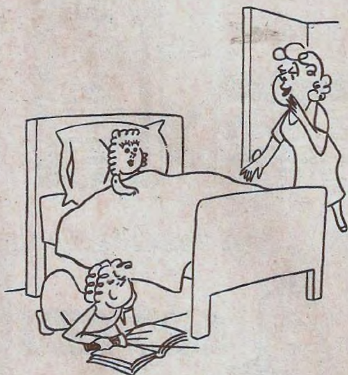
Para ese tiempo, Gerardo ya había llevado a Verónica al Deyonne, donde su madre la recibió cariñosamente. Y la buena señora que tantas veces confió en la Providencia, halló cumplidos al fin sus sueños de ver casado y feliz a su hijo y de encontrarse, años después, rodeada de la ternura de dos nietas y dos nietos, que pronunciaban dulcemente la palabra abuela y hacían más venerables sus canas.

FIN

GOTITAS DE ALEGRÍA



- ¿Qué clase de "mejor amigo del hombre" eres tú?



- Buenas noches, querida. No te destapes, ¿eh?



- Me creció esperando que usted me atendiera, doctor.



- Mi esposa se enorgullece de poseer la cocina más limpia de la ciudad.



- Es un tête-à-tête.

la novicia rebelde

(THE SOUND OF MUSIC)

Por ERNEST LEHMAN

Intervalo Álbum 109 - 9/1965

DIBUJOS DE VOGT

Es ésta una versión libre basada en la película 20th. CENTURY FOX, producida y dirigida por ROBERT WISE, basada en la famosa obra teatral de ROBERT LINDSAY y RUSSELL CROUSE, e interpretada en los papeles centrales por JULIE ANDREWS y CRISTOPHER PLUMMER. Un magnífico film que no debe dejar de verse, pues a lo original de su trama se une su deliciosa música y color.

















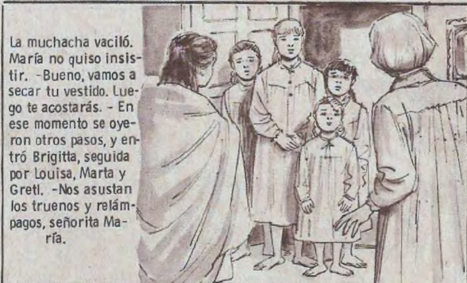


Otra maldad: un duro cepillo de cabeza había sido puesto en su silla.
¿Qué ocurre, señorita María?
¡Oh, nada! Nada, señor von Trapp. Simplemente alguien dejó aquí olvidado un cepillo. Trataremos de que no vuelva a suceder, ¿verdad, niños?
Poco después llegó un telegrama. Von Trapp lo leyó y...
Tendré que ir a Viena. Quizá tarde un mes en volver. Traeré conmigo a la Baronesa Schraeder y...
¡Permiso, padre! No me siento bien. ¡Oh! No es nada serio. Se me pasará en seguida.
María iba a levantarse también, pero von Trapp la contuvo.
Déjela. La conozco. Se le pasará pronto, como dijo. Bien, chicos... Además vendré con el tío Max.
¿El tío Max? ¡Hurra! Entonces vamos a divertirnos.
Cuando estuvo en su habitación, la señora Schmidt, el ama de llaves, le llevó ropa de cama y cambió las cortinas de cretona por otras nuevas.
-Es muy amable...
-Orden del señor von Trapp; quiere que se sienta a gusto, querida.
Dígame... ¿Siempre es así, tan rígido y serio con sus hijos? Parecen buenos chicos. ¿Cuándo juegan?
¿Jugar? No sé, quizá lo hagan a escondidas.
No creo que esté contemplado el juego en el programa del señor Barón para con ellos.
Pues lo primero que haré será darles ropas adecuadas para que puedan correr, jugar, ensuciarse.
¡Y estas cortinas viejas de cretona servirán! Ya verá usted, señora Schmidt, cómo los chicos dejan de ser poco a poco los "insoportables".
Ojalá tenga usted razón..., pero temo que al señor no va a gustarle mucho el cambio.


Mientras María rezaba sus oraciones, preparándose para acostarse, estalló una tormenta. Truenos y relámpagos. De pronto, alguien entró por la ventana abierta, empapada ...


¡Liesl! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo lograste trepar? ¡Podrías haberte caído! ¡Y debieras estar en la cama ...!


¿Va a llamar a papá? ¡Hágalo, si quiere! Necesitaba caminar.
Por supuesto que no lo llamaré. Esto queda entre nosotras. Pero ven..., cuéntame qué te ocurre.


La muchacha vaciló. María no quiso insistir. -Bueno, vamos a secar tu vestido. Luego te acostarás. - En ese momento se oyeron otros pasos, y entró Brigitta, seguida por Louisa, Marta y Gretl. -Nos asustan los truenos y relámpagos, señorita María.


¿Los truenos y relámpagos? ¡Qué tontería! Los relámpagos le dicen algo a los truenos, y éstos les contestan. ¿No se dan cuenta? El cielo conversa. Está bien, pueden quedarse un rato.


Poco después, sin confesar que también estaban asustados, llegaron los dos muchachos. Pronto dejaron de llamarla "señorita María", haciéndolo sólo por su nombre. Los había conquistado. Instintivamente buscaban en ella el cariño que necesitaban.


De pronto, la puerta se abrió.
¿Qué significa esto? Hace una hora que estos niños debieran estar en la cama durmiendo. En esta casa se respetan los horarios, señorita María.


Lo siento, señor. Es que... quería conocerlos y... Pero es cierto. ¡Ya es tarde, chicos! ¿Oyeron a su padre? ¡A la cama!


Después que los niños se fueron, Georg von Trapp la miró severamente.
Espero que sepa usted mantener la disciplina cuando yo no esté, señorita, y que la adquiera usted también. ¡Buenas noches!


Pero no fue la disciplina lo que preocupó a María durante las semanas que siguieron en la mansión de los von Trapp. Fue encontrar el modo de convertir a los "pequeños soldados" del capitán Barón Georg von Trapp en niños normales y felices.


Con sus ropas para jugar hicieron excursiones campestres y pasaron días alegres. La animosidad de ellos para con su nueva gobernanta desapareció, convirtiéndose en rápido cariño, en confianza. Así fue conociéndolos.


...y entonces le puse a aquella vieja antipática cola en el tubo de dentífrico. ¡Claro que papá se enojó... !


¡Qué horror, Friedrich! ¿Por qué hiciste esa maldad?
Es la única forma de llamar la atención de papá, María. Sólo cuando hacemos algo desagradable se ocupa de nosotros.


Sí, María no respondió. Comprendía que Liesl había dicho la verdad. Durante aquellas salidas comenzó a darles lecciones de canto. María tenía una voz maravillosa y se había destacado por ello en el convento. Poco a poco...


...fueron formando un coro y juntos aprendieron varias canciones muy hermosas.
¡Otra vez, María! ¡Otra vez vamos a cantar!


Llegó sin embargo el día en que von Trapp estuvo de regreso con la Baronesa Schraeder, quien era, según supo María por la señora Schmidt, virtualmente su prometida. El auto se detuvo frente a la mansión. Von Trapp atónito...


...contempló a sus hijos subiéndose a los árboles, jugando, corriendo y gritando.
¡Es inaudito! ¿Qué ocurre aquí, señorita María? ¿Por qué tienen esas ropas absurdas? ¿Puede explicármelo?


Les hice ropas adecuadas para jugar, como usted comprenderá, señor. No podían trepar o explorar cavernas en las montañas, o...


¡Basta, basta! ¡No quiero oir más acerca de ello! Usted...
Pues alguien tiene que decírselo, señor von Trapp. Alguien tiene que decirle la verdad sobre sus hijos.


Ellos necesitan amor, cariño, alegría. ¿No puede usted verlo? Necesitan que alguien les preste atención. Liesl ya es casi una señorita ...


... y tiene problemas sentimentales. Friedrich quiere ser como el padre, un hombre, pero no sabe cómo. Kurt se siente herido y es rudo y huraño porque ...


Von Trapp, furioso, interrumpió a María.
No estoy dispuesto a escuchar una sola palabra más. Cuanto antes, por favor, será mejor que usted haga sus valijas y regrese a la abadía.


En ese momento los niños comenzaron a cantar. Von Trapp, sorprendido, se detuvo. La Baronesa y el tío Max fueron hacia la casa, encantados con aquellas voces angelicales que cantaban tan espléndidamente.


En la sala cantaban los siete hijos de Georg von Trapp. María, lentamente, comenzó a subir las escaleras hacia su habitación. Von Trapp sintió que su garganta se anudaba extrañamente...


... al recordar otras canciones de su infancia. El tío Max comentaba por lo bajo: -¡Maravilloso! ¡Maravilloso!- Sin decir palabra, el capitán subió tras María...


... alcanzándola en mitad de la escalera.
¡Señorita María! Un momento, por favor.
¿Sí, capitán?


Tras un instante de silencio...
Quiero... quiero disculparme con usted. He sido rudo e ingrato. Tiene usted razón. No conozco a mis hijos.


Celebro que mis palabras le hayan sido útiles. Aún está a tiempo para hacerles sentir su cariño.
Sí. Pero vuelvo a pedirle que se quede.


Esa música... es un milagro suyo; tío Max tiene razón. En esta casa no se oía música desde hace tiempo. ¡Se lo agradezco!


Las mejillas de María se tiñeron de rubor. Sonrió.
Hice lo que pude por dar a los niños lo que necesitan. Me quedaré.

Max insistió, días después, en hacer participar al "Coro Trapp" en el Festival Musical de Salzburgo.

¡Será un éxito, Georg! Yo me encargo de promoverlos. No te olvides que soy empresario de espectáculos.

De ninguna manera, Max. Mi familia no intervendrá en ningún festival. No cantarán para el público así.

¿Por qué no organizamos aquí una fiesta, y los niños la animan con su canto?

Von Trapp aceptó la idea de la Baronesa. Aunque en aquellos momentos fueron como invitados algunos indeseables, como Herr Zeller, simpatizante nacionalsocialista, que odiaba al Barón y esperaba una pronta intervención de Hitler en Austria.

La noche de la fiesta...

¿Has visto la cara que puso Zeller cuando vio la bandera austríaca? El quisiera reemplazarla por la svástica.

El coro fue un éxito. Todos felicitaron al capitán. Luego, María se encargó de llevarlos a sus habitaciones, y la fiesta continuó. Cuando ella también iba a retirarse, von Trapp le pidió que bailaran.

Lo... lo siento, capitán. No tengo vestido adecuado y...

Eso puede remediarse. Le diré a la Baronesa que le consiga uno de su guardarropas.

Poco después, la Baronesa y María estaban viendo los vestidos de la primera.

Este te quedará muy bien. Seguramente, Georg seguirá sin quitarte los ojos de encima. ¡Estás encantadora, querida!

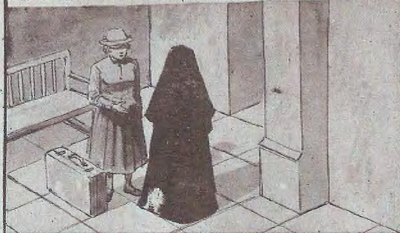
El corazón de María latió con fuerza. Sus mejillas se encendieron. Turbada, miró a la Baronesa.

No entiendo, señora Baronesa. Supongo que está usted bromeando.

¡Vamos, querida! No pretenderás ser tan cándida. Las mujeres nos damos cuenta cuando un hombre gusta de nosotras, ¿verdad? Y yo conozco a Georg.

Pero...pero... yo...

Cuando la Baronesa la dejó sola, Marría corrió a su cuarto. Puso sus escasas ropas en su valija y partió. Dejó una nota, excusándose ante el capitán. No tuvo coraje de ver a los niños.


Al volver al convento, pidió a la Madre Superiora estar algunos días enclaustrada. Necesitaba meditar, aclarar, su confusión interior. Así pasó cuatro días.


Entretanto, la Baronesa buscó ocupar su lugar con los niños pero sin lograrlo. Estos fueron al convento a pedir que regresara María. Por supuesto no los dejaron verla, pero la Madre Superiora, cuando se hubieron retirado...


... mandó llamar a María. Afablemente le preguntó:
Y bien, hija. ¿Has decidido algo?


Sí. No quiero dejar más el convento, Madre. Quiero permanecer toda la vida tras sus muros.


La Madre Superiora dejó pasar unos instantes. Luego...
¿Puedo saber por qué te hicieron volver?
No me hicieron volver. Yo lo hice. Tenía miedo, Reverenda Madre.


¿Miedo? Pero debes comprender que nuestra abadía no es un escape. ¿Qué ha ocurrido allí?
No quiero volver a ver al señor von Trapp. No debo hacerlo.


¿Acaso... te has enamorado de él, María?
No sé, no sé, Reverenda Madre. La Baronesa dijo... Yo... ¡Oh, no sé qué hacer!


Escucha, María. El amor humano es santo. Quizá tu camino no esté aquí, en el claustro. Quizá debas dar tu amor a ese hombre, a esos niños. Dios nos busca por muchos caminos.


Al día siguiente de su conversación con la Madre Superiora, María había regresado a la mansión de von Trapp. Los chicos, por supuesto, no cabían en sí de alegría. Georg y la Baronesa habían ido a Salzburgo y regresarían tarde.


Brigitta, con voz emocionada y triste, le dijo.
Papá va a casarse. Nos lo anunció anoche. Con la Baronesa.


Mientras María todavía no había terminado de asimilar la noticia, llegaron von Trapp y la Baronesa.
¿María, de nuevo aquí? Por favor, quisiera conversar a solas con ella.


Luego...
¿Por qué esa huida?
Yo... tenía que meditar. Ahora he resuelto mi problema. Y eché mucho de menos a los niños.


¿Sólo a los niños, María? Respóndeme la verdad. Yo había esperado que ...
¿Qué ?


De pronto, María se sintió estrechada por los brazos fuertes de Georg .


El compromiso con la Baronesa fue roto, por supuesto. Sólo había sido para von Trapp un espejismo, un remedo de amor. Y la boda con María se decidió pronto.


Las propias monjas hicieron el vestido de bodas de la antigua novicia. El casamiento se realizó en la abadía. Y el "Coro Trapp" cantó durante la ceremonia.


Siento algo que nunca había sentido en mi vida, María. Un ángel me ha tendido la mano. Soy inmensamente feliz.
¡Georg!


Al regreso del viaje de bodas, sin embargo, el horizonte se ensombreció. La situación política se tornó crítica. El nazismo invadió Austria, y Herr Zeller, el enemigo de von Trapp, tuvo la oportunidad que buscaba


Georg recibió un telegrama directamente de Berlín.
Me llaman para prestar servicios en la marina. Supongo que tendré que agradecer a Zeller su recomendación. Esto es obra suya. No esperaba tan pronto algo así.


¿Qué harás, Georg?
Por supuesto no voy a luchar por Hitler. Nuestra única solución es escapar de aquí. Sólo que no será fácil.


No iba a ser fácil escapar, en efecto. Zeller había tomado sus precauciones. Un emisario suyo, de la policía, le hizo saber que debía presentarse sin tardanza porque sería "acompañado" a Bremerhaven, su lugar de destino, esa misma noche.


Dígale a mi amigo Zeller que esta noche no podrá ser. Cantamos en el festival. Y yo integro el coro con mi familia.


Zeller no se opuso. Querían dar la sensación de que todos eran felices en Austria. El festival debía ser un éxito, y si prohibía a los Trapp -o a Georg- cantar, sería un descrédito. Pero los vigilaría. Y al día siguiente ese noble capitán iría a Bremerhaven. ¡A luchar por Hitler!


¿Qué has decidido, Georg? ¿No tenías decidido no intervenir en el festival como acto de repudio?
Así era, María. Pero ahora cantaremos. Será nuestra despedida a la patria.


Esta noche misma cruzaremos la frontera todos. Debes comunicarte con la Madre Superiora. Ella no se negará a ayudarnos. Escucha mi plan...


La actuación del "Coro Trapp", aquella noche, fue maravillosa. Cantaron viejas canciones austríacas, y luego el himno nacional, que todos corearon delirantes.


Y cuando el tío Max subió al escenario para anunciar la decisión del jurado...
... y el Primer Premio, el más alto honor que Austria otorga en este festival... ¡para el "Coro de la familia von Trapp"!


Arreciaron los aplausos. Pero paulatinamente comenzaron a acallarse. La familia von Trapp no aparecía en el escenario. Zeller, que se hallaba en el festival, se alarmó y encomendó a sus esbirros que los buscasen.


¡Es imposible que escapen! Ordenaré que refuercen la vigilancia en la frontera.


Entretanto, en la abadía...
El coche se ha descompuesto justamente ahora. ¿No hay otro vehículo, Reverenda Madre?
No, pero llamaremos al mecánico. Vive cerca de aquí.

Fueron minutos preciosos. Mientras el mecánico arreglaba el automóvil, llegó la noticia.

¡Reverenda Madre! Viene un automóvil con policías hacia aquí... ¡y dicen que han cerrado la frontera!

Aún no está todo perdido. Si podemos ocultarnos y burlarlos... iremos hacia las montañas y luego cruzaremos a pie la frontera.

Se ocultaron en la cripta del cementerio que estaba detrás de la abadía, mientras la Madre Superiora se entendía con el teniente encargado de la búsqueda.

-El coche está listo -les avisó el mecánico, llegando sigilosamente hasta ellos. En ese momento partían los policías militares.

La Madre Superiora les sonrió, saludándolos por última vez.

¡Que Dios los acompañe!

Llegaron en el automóvil hasta el pie de las montañas. Luego cruzaron la frontera a través de las cumbres. Y, mientras caminaban, iban cantando. Cuando cruzaron la frontera hacia la salvación, el sol se asomaba, como saludándolos, tras las cumbres. Y la familia Trapp contestaba el saludo con una canción de esperanza.

VOGT. 65

FIN

RETORNO A LA LUZ

Por GONZALO HERNÁNDEZ

DIBUJOS DE J. M. PEREYRA

Intervalo Album 109-XX - 9/1965

Un relámpago vivísimo, seguido del seco restallar del trueno, zigzagueó en el firmamento.



La lluvia, que durante doce largas horas azotaba la región, convirtióse en un verdadero diluvio. Claudio Hermida...

...sentía clavarse en su piel las agujas del frío, mientras se esforzaba por avanzar sobre el barro del camino.



Alcanzó las primeras casas de aquel pueblito perdido en la frontera argentino-brasileña. Un suspiro de alivio brotó de sus labios.



Divisó el rectángulo de mortecina luz que filtraba a través de los sucios vidrios del boliche de campaña.



Empujó la puerta del almacén y un hálito de grato calor lo saludó al entrar. Se dirigió al mostrador.



Los jugadores levantaron la vista de los manoseados naipes y fijaron en él sus miradas curiosas.



El comerciante se lo indicó, y Claudio volvió a salir a la noche fría y tormentosa. El viento helado le hizo castañear los dientes y su respiración se hizo dificultosa.



Llegó. El sargento de guardia debió sujetarlo para que no se desplomara pesadamente. Había superado el límite de sus fuerzas.



Cuando volvió en sí, se hallaba tendido en el catre de un calabozo. Lo habían despojado de sus mojadas ropas y vestido con un abrigado pantalón y una campera de lana, además de cubrirlo con pesadas mantas. Miro...



... con aprensión hacia la enrejada puerta, pero ésta se hallaba abierta. Al cabo de un instante entró un hombre mayor.

¿Cómo se siente?

Mejor, señor, muchas gracias.

Después de proporcionarle alimento, el comisario lo invitó a pasar a su despacho. Lo hizo sentar frente a él.

Me informaron en el almacén que preguntó usted cómo llegar hasta aquí.

Sí, señor. Venía a ponerme a disposición de la policía.

La mirada del comisario reflejó un nuevo interés.

¿Por qué razón?

¿Cómo? ¿No me individualiza usted? ¡Ah, claro, comprendo! Con esta barba...

"... y los andrajos que vestía no es extraño que no lo haya conseguido. Me llamo Claudio Hermida y tengo la captura..."

... recomendada por la policía de la provincia de Buenos Aires.

Ahora sí, recuerdo su nombre. Creo que se lo buscaba por uxoricidio y fuga, ¿verdad?

Claudio asintió. Quedóse aguardando que el policía ordenase conducirlo de vuelta al calabozo, pero éste no lo hizo.

¿No me encierra, señor?

No creo que haga falta. A ver, cuénteme su historia.

¡Es una historia muy larga, comisario!

Me gustan las historias largas en estas noches invernales, porque, no sé si...

"...sabrá que ha dormido usted durante todo el día y que recién acaba de anochecer nuevamente. Son las ocho de..."

...la noche, de manera que la tenemos toda a nuestra disposición.

Bien, señor comisario. Comenzaré entonces.

Elena y Claudio arribaron a Mar del Plata en viaje de bodas y se hospedaron en un importante hotel. El, ingeniero electrotécnico, dueño de una importante empresa. Ella, perteneciente a lo más selecto de la sociedad cordobesa.

Llegaron a tiempo para cenar y lo estaban haciendo cuando una joven pareja se acercó a la mesa.

¡Claudio! ¡Mi viejo amigo!

¡Roque! ¿Qué andas haciendo por aquí?

Eran Roque Peñalver y su hermana Ethel. El primero, su condiscípulo en el colegio nacional.

Recuerdas a mi hermana Ethel, ¿verdad?

Bueno, ¡lo cierto es que ha cambiado bastante!



No había sido muy oportuna la recordación de la joven. Elena frunció el ceño con desagrado. A ninguna recién casada le divierte que le informen sobre los devaneos amorosos de su flamante esposo. Ethel no pareció advertirlo, pero...















Afortunadamente mientras duró la cena no se volvió a mencionar el fallido primaveral romance de Ethel y Claudio. Terminada la comida, la cantante, luego de excusarse, fue al lavabo a retocar su "toilette".







Los hermanos se marcharon, y ellos subieron a las habitaciones que tenían destinadas. Una vez a solas...

¡Es vergonzoso, Claudio! ¡Hacerme esto en nuestra primera noche de casados!

Elena, ¡por Dios! ¿Qué te hice yo?

Estaba a punto de descubrir una faceta anímica de Elena que él no le conocía, ni sospechaba.

¡No te hagas el ingenuo! ¡Te observé muy bien! ¡No sé cómo no la besaste en mi presencia!

¡Es un disparate, querida!

La discusión le desagradaba, pero no hallaba el medio de ponerle fin. Intentó apaciguarla abrazándola.

¡Déjame! ¡No me toques!

Pero, ¡nena! ¡No creo que sea para tanto!

Ella elevó aún más la voz y terminó por exasperarlo a tal extremo, que salió diciendo:

¡Cuando te serenes me encontrarás en el bar!

Fue a sentarse ante una mesa y pidió una bebida fresca. Al buscar dinero para pagar, halló el papel que Ethel le deslizara en la mano. Lo leyó.

("Ven a escucharme cantar. Necesito hablar urgentemente contigo. Ethel!")

Debió destruir esa nota y hacer oídos sordos al llamado de su amiga, pero estaba obnubilado por la escena, a todas luces injusta que le hiciera su esposa, y sin medir las consecuencias que podía acarrearle su actitud...

...fue en busca de su coche y en él se encaminó al lugar donde Ethel actuaba. Media hora después ella sentábase a su lado.

¿Te ocurre algo, Claudio?

El le relató lo acontecido con Elena. Ethel meneó la cabeza en un gesto desaprobatorio.

Lo lamento, Claudio. Créeme, ¡siento verte casado con una mujer que no te merece!

Eres excesivamente severa, Ethel. Ya verás cómo sólo se trata de una tormenta...

"...pasajera. Algo que pasará en cuanto nos hallemos de regreso en nuestra casa!"

Quisiera equivocarme, amigo mío, pero no lo creo.

¿A qué obedece tu pesimismo?

Estimo que la actitud de tu esposa no es otra cosa que el comienzo de una...

"...serie de actitudes similares. ¿Sabes por qué? Pues porque te has casado con una cara bonita, colocada en una..."

...cabeza que no razona. Pero..., por favor, Claudio, ¿quieres llevarme hasta mi hotel?

Bueno, pero me explicarás por qué piensas así de mi esposa.


Salieron del local y fueron hasta donde Claudio dejara estacionado su coche. Si hubiesen mirado en torno, habrían visto un rostro congestionado por la ira.
(¡Ya me lo imaginaba! ¡Le faltó tiempo para correr a su lado!)

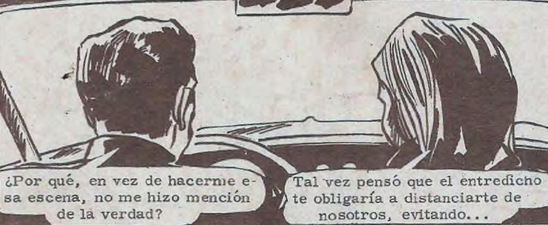

Buscó un taxi para seguirlos, pero no halló ninguno y se vio precisada a regresar a su alojamiento. Mientras tanto...
Como te estaba diciendo, has trasplantado a Elena a un medio ambiente que ha hecho...
"...aflorar en ella un congénito complejo de inferioridad. Si en lugar de hacerlo contigo, se hubiese casado con un hombre menos mundano que tú, quizá las cosas serían distintas. También lo serían, si te hubieras limitado a instalarte..."


"... en su pueblo, pasando allí tu luna de miel. No obstante, me atrevo a creer que, tarde o temprano, esto de hoy..."
...habría terminado por suceder.
Hablas como si la conocieras de antiguo.


La respuesta de Ethel desconcertó a Claudio.
Porque la conozco es porque te hablo así. Y, por si no lo sabías, te diré que fui vecina suya.
Claro, ¡ahora recuerdo que naciste en Córdoba! Sin embargo, creo que hace mucho que...


"...faltas de allí. ¿Cómo es que estás tan enterada de lo que a ella se refiere?"
Por la sencilla razón de que siempre mantuve correspondencia con los míos.
¿Es que hubo alguna vinculación entre los tuyos y la familia de Elena?


Antes de conocerte a ti, ella mantuvo relaciones con Roque. Con él ocurrió que ...


"...su complejo de inferioridad y sus celos, se despertaron antes de la boda. Ello puso término al romance."
¿Por qué, en vez de hacerme esa escena, no me hizo mención de la verdad?
Tal vez pensó que el entredicho te obligaría a distanciarte de nosotros, evitando...


"...las molestas explicaciones que habría traído aparejada la mención de su noviazgo con Roque. Empero..."
...habrás podido apreciar la discreción de mi hermano al simular no conocerla.
Sí, es verdad. Confieso que tenía otro concepto de él.


Ethel puso su mano sobre la de Claudio, apoyada entonces sobre el volante, y lo miró tiernamente, mientras decía:
Claudio, está mal que lo diga, pero nunca te olvidé. No obstante, quiero que no...


... interpretes mis palabras equivocadamente. Deseo que seas muy feliz con tu mujer y si te cité, fue para pedirte que te marcharas de aquí con ella. Que la devolvieras a su medio ambiente y que le brindaras tanto amor...


"...como para que jamás pasaras por lo que hubo de pasar Roque. Mi hermano sufrió mucho al dejarla y es muy..."
...probable que ello haya contribuido a hacer de él un hombre distinto. Hazme caso...


"...Claudio. Regresa a su lado y llévatela de aquí. Quiérela mucho y trata de corregir su carácter, hasta hacer..."
...de ella la mujer que tú necesitas y mereces. Déjame aquí; yo iré sola al hotel.
¡Te admiro, Ethel! ¡Eres una muchacha maravillosamente sensata!
80ZM30


Despidiéronse con un sencillo apretón de manos, y Claudio retornó al hotel. Al entrar se le acercó un hombre.
¿El señor Claudio Hermida?
Servidor.


El personal del hotel lo observaba curioso. El hombre le mostró una medalla.
Oficial inspector Romero. Queda usted detenido.
¿Detenido? ¿Puedo saber por qué?


La respuesta fue tajante.
¡Uxoricidio!
¡No! ¡No es posible! ¿Cómo puede usted sospechar que yo...?


No se trata de una sospecha, señor, sino de un caso probado. Personal del hotel puede...
"...atestiguar que usted tuvo una violenta discusión con su esposa y que luego abandonó la casa, tras pedir una b ebida en el bar que no llegó a ingerir en su totalidad. Hace unos instantes, una mucama creyó percibir quejidos en sus habitaciones, y lo..."


"...comunicó a sus superiores. Abrieron la puerta y hallaron a su esposa moribunda. Ella expiró antes de mi llegada."
¡Le conviene decirme con qué la golpeó y dónde arrojó el objeto empleado!
Pero, ¡esto es absurdo!


Pese a sus protestas de inocencia fue detenido. Ethel fue llamada a declarar.
El señor Hermida dice la verdad. Estuvo conmigo durante el lapso mencionado.
Eso no es prueba de que no la haya golpeado antes de acudir a la cita.


Salió a relucir el anterior romance de Elena con Roque.
Usted advirtió algo relacionado con ello y en un arranque de celos la castigó.
¡Nada supe de ese romance hasta que mi amiga me lo mencionó!


Claudio pensó que quizá Roque tuviera algo que ver con el crimen. El oficial pareció adivinar sus pensamientos.
Y no intente involucrar al ex-novio de su esposa. El puede probar cada uno de sus...



La policía no tenía dudas de su culpabilidad y decidió enviarlo a la ciudad de La Plata para ser juzgado. Se lo introdujo en un camión celular junto con otros tres hombres, a quienes se iba a procesar...



...por haber asaltado un comercio. Pero algo iba a suceder que impediría al celular llegar a la capital de la provincia.



Antes de que los agentes pudieran hacer nada se vieron rodeados por varios sujetos muy bien armados.



Eran los compinches de los asaltantes. Claudio quiso quedarse en el vehículo policial.



Detrás del camión jaula había un furgón cerrado. Claudio, a punta de ametralladora, fue obligado a subir al mismo.



Todo se había realizado sincrónica y rápidamente. El furgón con los evadidos en su interior partió a gran velocidad.





Pero los delincuentes no accedieron a sus ruegos. En los primeros dos días de fuga cambiaron varias veces de vehículo.



El comisario, que no perdía detalle del relato de Claudio, interpuso una pregunta.



...dormíamos y nos alimentábamos. Sólo supe dónde me hallaba, cuando una noche llegamos a orillas del río Paraná.



Allí embarcamos en una lancha para cruzarlo. Al ganar la orilla opuesta...



Los delincuentes ascendieron a otro furgón y se alejaron. En el instante de arrancar un paquete fue arrojado al camino. Claudio lo levantó y abrió.



También halló dos atados de cigarrillos, fósforos y una caja de balas para el arma. Los mosquitos zumbaban a su alrededor.



Lo despertaron los ladridos de un perro. Quiso incorporarse, pero la actitud amenazante del animal lo contuvo.



Al escuchar la orden de su ama, el animal cejó en su hostilidad. La muchacha, de unos veintidós años de edad, se le acercó sonriente y se presentó. Su nombre era Rosario Irala y vivía con su anciano padre a pocos pasos de allí.



Claudio, temeroso de que la joven o su padre lo denunciaran, dijo llamarse Alberto Rey, e inventó una historia más o menos lógica.



El anciano Manuel Irala lo estudió durante unos instantes. Luego, al parecer satisfecho de su examen, le dijo:



Sus conocimientos sobre electrónica fueron de suma utilidad en la plantación de cítricos de los Irala.



En los seis meses de permanencia en la casa, nunca se le preguntó nada sobre su pasado. Esa tarde escuchaban radio en el comedor, cuando...





Era la primera vez que llegaban hasta Claudio referencias sobre su problema. Se sintió molesto dentro de la casa y, murmurando una excusa, fue a sentarse a orillas del río. Su conciencia no estaba tranquila viéndose obligado a simular...

...ante esa buena gente. Sintió pasos a sus espaldas, pero no se volvió hasta escuchar la voz de Rosario.



La joven, sin responder, extrajo un papel doblado del bolsillo de su delantal y se lo tendió. Era una hoja de diario.
¿Hace mucho tiempo que lo sabe?
Dos meses. La encontré al desenvolver unas cosas que pedí a Posadas.

¡Dos meses! ¡Y habíalo callado durante todo ese lapso! ¿Por qué? ¿Se lo habría dicho a su padre?
¿Cree usted en lo que está impreso aquí?
Si lo creyese, no estaría usted en mi casa. Dígame, Claudio, ¿qué ocurrió en realidad?

El ingeniero se lo dijo. Luego preguntó:
¿Lo sabe su padre?
¿Cree usted que debía ocultárselo?

Contempló la celeste limpidez de su mirada y respondió:
No, no lo creo. Entonces, creen ustedes en mi inocencia, es evidente.
No lo dude un instante. Pero, ¿no es posible probarla, Claudio?

-No -respondió él-. Además de no existir pruebas a mi favor, mi fuga, aunque involuntaria, conspira contra mí.
Por otra parte, ellos deben creer que me aprovecho de las circunstancias para evadirme.
Sí, no cabe duda. Pero tranquilícese. En nuestra casa estará seguro hasta que la verdad ...

"... salga a la superficie. Tenga fe, Claudio. Dios no lo abandonará. El nunca abandona a los hombres buenos."
Muchas gracias, Rosario. ¡No sabe cuánto bien me hacen sus palabras!
Me limito a expresar lo que siento, amigo mío.

Esa conversación dejó profundas huellas en el espíritu de Claudio. Prolongó su estadía en la casa de los Irala tres años más. Después de una tormenta, notó que una rama...

... de árbol, al caer, había cortado un cable que llevaba energía eléctrica hasta los depósitos de fruta. Tomó lo necesario para reparar la avería.
(Aquí está el desperfecto.)

Finalizaba su tarea, cuando el grito horrorizado de Rosario llegó a sus oídos.
¡Socorro!
¡Es Rosario!

Echó mano al revólver que llevaba para defenderse y corrió hacia el lugar de donde provenía el llamado de la joven.
¡Suéltenla, canallas! ¿Qué pretenden ustedes?

Hizo un disparo al aire para amedrentar a los sujetos, y éstos, viéndolo armado, huyeron a toda carrera. Quiso seguirlos.
¡No, Claudio! ¡Déjalos! ¡Podrías matar a alguno y...!



El amor contenido durante largo tiempo había aflorado avasallante, uniéndolos con sus lazos invisibles, pero potentes. El amor, que debió traer paz al espíritu atribulado del ingeniero, era ahora un motivo mayor de zozobra.





Las primeras luces del alba penetraban ya por la ventana del despacho del comisario. Un sol tímido enviaba su mensaje de luz a la tierra.







Claudio tomó la hoja de papel y leyó:"Queda sin efecto la orden de captura impartida contra el ingeniero Claudio Hermida por haberse comprobado fehacientemente su inocencia en el asesinato de su esposa. No obstante, se encarece tratar de localizarlo...







"... oscuridad que me ha permitido ver una luz que habría de aparecer cuando las sombras se diluyeran."



"... compensa su cálida caricia por todos los padecimientos sufridos durante el reinado de las sombras?"



Volvió a vestir sus ropas, ya limpias y secas, merced a la diligencia de los policías y salió a la calle. Miró el camino, que tanto le había costado recorrer dos semanas antes, y se le antojó un sendero de ensueño.



Además otra alegría brincaba en su corazón.



"... eliminaban a Elena. ¡Aunque, no sé por qué habrían de hacerlo!" Seguía caminando, aunque la impaciencia le impedía marchar todo lo ligero que hubiera deseado.



El primero en descubrir su presencia fue el ovejero alemán. Sus alegres ladridos atrajeron a Rosario y don Manuel.



Se estrecharon en un abrazo apasionado, mientras el fiel Tigre hacía cabriolas en derredor.



Egidio Esteban/2019

AMOR DE PERDICIÓN

Por CAMILO CASTELLO BRANCO

ADAPTACIÓN

Camilo Castello Branco nació en Lisboa, y llevó una existencia torturada por inquietudes personales y familiares. Lo atrajo la polémica, y la conspiración política lo contó entre sus iniciados. Ciego a consecuencia de un accidente, en 1890 puso fin a su vida. Pero ésta había sido fecunda para las letras portuguesas, a las que incorporó una obra vasta y aplaudida, en la que ocupa lugar prominente la narración que hoy adaptamos, cuyos protagonistas estuvieron ligados al autor por vínculos de sangre.

Intervalo Álbum 109 - XV - 9/1965














Una carta del hijo mayor sembró la preocupación en el hogar del corregidor: «No puedo vivir con mi hermano Simón. Emplea en pistolas el dinero de los libros y convive con los más conocidos perturbadores de la universidad. Por la noche recorre las calles insultando a los vecinos y provocándolos a la lucha.»

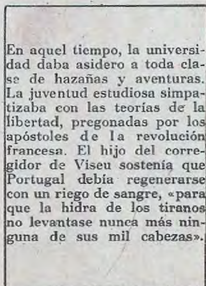

El disgusto de la familia se atenúa cuando Manuel parte para Braganza y se incorpora como cadete de caballería, y Simón regresa a Viseu con sus exámenes aprobados.


A pesar de hallarse en la adolescencia, Simón tiene la figura de un hombre. Es de complexión fuerte, con las bellas facciones de su madre. Y hasta tiene una explicación para su incriminada conducta, afirmando que Manuel pretendía obligarlo a vivir como un cartujo.


Pero su genio vivo y apasionado tiene a los suyos en continuo sobresalto. Con desesperación de la aristocrática doña Rita, elige sus amigos y compañeros entre la plebe de Viseu.


Y al final de las vacaciones interviene en una gresca de criados, de tal magnitud y escándalo que su padre, furioso, ordena prenderlo. Sólo la benevolencia de la madre...


...logra salvarlo, y, entregándole dinero a escondidas, hacer que huya a Coimbra, adonde llega más infatuado que nunca de su valor.


En aquel tiempo, la universidad daba asidero a toda clase de hazañas y aventuras. La juventud estudiosa simpatizaba con las teorías de la libertad, pregonadas por los apóstoles de la revolución francesa. El hijo del corregidor de Viseu sostenía que Portugal debía regenerarse con un riego de sangre, «para que la hidra de los tiranos no levantase nunca más ninguna de sus mil cabezas».


Un día, el estudiante demagogo peroraba en la plaza de Sansao a los pocos oyentes que le seguían fieles. Iba el discurso en lo más ardiente de la idea regicida, cuando...

...una escolta de gendarmes le aguó la incandescencia. El jacobino fue conducido a la cárcel académica, de donde salió al cabo de seis meses, merced a las poderosas influencias de los amigos de su padre.



Perdido el curso, Simón retornó a Viseu. El corregidor lo rechazó de su presencia y amenazó con expulsarlo de la casa. Mas en el espacio de tres meses, se operó en las costumbres de Simón un cambio maravilloso.





Despreciaba las malas compañías. Raras veces salía de su casa, solo o con la hermana menor, que era su predilecta. Doña Rita estaba realmente asombrada de esa transfiguración, y obtuvo de su esposo que se reconciliara con el hijo regenerado.



Simón Botelho amaba. Amaba a una vecina suya, de quince años, heredera riquísima. Llamábase Teresa Albuquerque. El la vio por primera vez desde la ventana de su cuarto, y la amó ya para siempre.

Ella también lo amaba, y con más hondura y serenidad que la corriente a sus años. Mas la familia de Botelho era odiada por el padre de Teresa, don Tadeo Albuquerque, a causa de unos litigios que el corregidor le había fallado en contra, y el amor de Teresa, fuerte y verdadero, para desafiar con éxito la acrimonia paterna, tuvo que hacerse discreto y cauteloso.

Viéronse y se hablaron durante meses, sin que la vecindad lo notase. El propósito era el más honrado y natural: él iba a terminar su carrera, y los dos esperarían luego, si sus medios no les bastaban, a que el curso del tiempo hiciera a la niña dueña de sí y de su hacienda.



Concluídas las vacaciones, la víspera de su partida para Coimbra, Simón se despedía de la afligida Teresa.



Súbitamente la joven fue arrancada de la ventana, y Simón oyó gemidos de la voz que adoraba. Afluyóle la sangre a la cabeza.





Luego, Simón, en su cuarto, se retorció como un tigre contra las inconmovibles rejas de la jaula. Cuando lo llamaron al amanecer para emprender el viaje, la demudación de su rostro espantó a quienes lo vieron.





Los alumnos de la universidad notaron que Simón estaba transformado. Estudiaba con ardor, sin confiar a nadie su secreto. Sólo se desahogaba en las cartas que hacía llegar a Teresa por intermedio de la mendiga; largas cartas en que su espíritu descansaba de la diaria tarea. La apasionada joven escribíale también a menudo, confirmándole la impresión de que la amenaza del convento había sido mero recurso de terror, porque su padre no podía vivir lejos de ella. Esto avivó en Simón su amor al trabajo, hasta que una nueva misiva de Teresa lo sumió en la mayor tribulación.









Advertido por un arriero, que Simón había mandado adelante, no se asombró el buen hombre de ver llegar al joven hidalgo con las primeras sombras de la noche.











...«para alguna cosa gorda... Yo sé que usted no es medroso, pero de una traición nadie está libre. Si quiere que yo lo acompañe, estoy a sus órdenes. Pero si usted acepta mi opinión, lo mejor será que no se meta en embrollos nocturnos. Si desea casarse con ella, empiece por pedírsela a su padre, y si éste lo rechaza, en un abrir y cerrar de ojos, cargo con la muchacha sobre una yegua, y el padre»...












Ganaría el saber quién es el hombre por cuyo amor mi prima desobedece a su padre.
El corazón es más fuerte que la sumisa voluntad de una hija. Si me casase contrariando a mi padre, entonces sí le desobedecería. Pero yo no he dicho que me caso; sólo confieso que amo.


Estoy asombrado, prima, de que sus dieciséis años sean tan pródigos en palabras. Pero hizo bien en decir la verdad. Me conformaré si soy vencido por alguien con más merecimientos que yo, y sabré ser amigo de usted.
No me perdonará nunca la sinceridad que he tenido, y de hoy en adelante será mi enemigo.


¡Al contrario! Yo le probaré que soy su amigo si alguna vez la veo casada con algún miserable indigno de usted. Con algún borracho pendenciero, valentón con los criados, distinguido caballero que en vez de estudiar se lo pasa encarcelado en la prisión de Coimbra.
Por lo que veo, mi primo quiere gobernarme.


Baltasar Coutinho fué a reunirse con su tío. A duras penas Tadeo Albuquerque refrenó su ira cuando el sobrino le refirió el resultado de su gestión. Sin embargo, dejó pasar muchos días...


...y un domingo por la mañana se encaró con su hija.
Hija mía: hoy vas a dar la mano de esposa a tu primo Baltasar. De una vez por todas, es preciso que te dejes guiar por tu padre. Comprende, hija mía, que la violencia de un padre es siempre amor.


¿No me respondes, Teresa?
¿Será feliz mi padre con mi sacrificio?


¿Sacrificio? No digas eso, Teresa. Tu primo es un conjunto de todas las virtudes. Además, está apasionado por ti.
No creo en la virtud de un hombre que insiste en tomarme por esposa a pesar de mi negativa. Es más: ahora lo aborrezco con toda el alma. Padre mío: ¡máteme, pero no me fuerce a casarme con él!


¡Has de casarte! Y, si no, ¡maldita seas para siempre, Teresa! ¡Morirás encerrada en un claustro! Esta casa y mi fortuna serán para tu primo; ningún infame podrá pisar las alfombras de mis abuelos. Por ahora, entra en ese cuarto y aguarda a que te saquen de ahí para otro en donde nunca verás un rayo de sol.

Malograda la tentativa de su amor de emboscada, el primo de Teresa volvió a su casona, no sin anunciar a Tadeo Albuquerque que tenía organizada la manera de librar a Teresa del asedio de Simón Botelho. Coutinho no aprobaba la reclusión en el convento. Aconsejó, en cambio, que se la dejase estar en casa hasta que el hijo del corregidor regresara de Coimbra. El hidalgo no sospechaba que Simón estaba cerca e informado de la acechanza criminal de que era objeto.















Simón Botelho montó las pistolas.

Por aquí no hay camino. ¿Qué quiere usted? ¿Quién es usted?

¿Qué le importa a usted quién soy? ¿Si yo tuviera un secreto como parece tenerlo usted en estos sitios, estaría obligado a confesárselo?

¡Esta pared es de una casa donde habita una sola familia y en ella hay una sola mujer!

En esta casa hay más de cuarenta mujeres esta noche. Si el caballero espera a una, yo puedo esperar a otra.



Simón Botelho y Juan de la Cruz partieron a caballo para la casa del último, y Baltasar Coutinho regresó a la sala de la fiesta sin revelar alteración de ánimo. Aprovechó, sin embargo, la primera coyuntura para contar a su tío la reciente incidencia, en tanto Teresa, encerrada en su habitación, escribía a Simón la historia de sus terrores y le imploraba perdón porque, loca de alegría con su regreso, no le había advertido a tiempo acerca de la reunión que turbaría su entrevista. Seguro de que el encuentro de ambos jóvenes se reiteraría, y de que el desconocido era Simón, Baltasar maduró su plan para «librar a Teresa de su perseguidor», y desde aquella misma noche decidió que dos de sus criados rondarían por el jardín de Albuquerque con instrucciones de no detenerse ante ningún extremo.









Al otro día Simón recibió una carta de Teresa. «Dios Nuestro Señor —decía— permita que hayas llegado sin peligro a casa de esa buena gente. No sé lo que ocurre en casa, pero mi padre me comunicó esta mañana que iría a un convento, y estuvo toda la mañana encerrado con mi primo y sin dejarme salir del cuarto. Por la ventana y con el auxilio de nuestra bendita mendiga intentaré hacerte llegar estas líneas. Algo oí de los sirvientes referente a dos criados de Baltasar que aparecieron muertos... Mi querido Simón, ¿cómo estás? Dime lo que sepas. Ruego a Dios por tu vida. Huye de estos sitios. Vete a Coimbra. Ten confianza en el amor eterno de *tu Teresa*.»

Simón contestó tranquilizándola, y pidiéndole que lo llamase en cuanto las amenazas del convento estuviesen en vías de realizarse.



Entretanto, Baltasar Coutinho, llamado por las autoridades judiciales para declarar en el sumario instruido por el doble homicidio, respondió que sus criados acostumbraban salir por la noche, que no sabía que tuviesen enemigos en Viseu ni poseía los más leves indicios contra nadie. No había en esto generosidad: conveníale a Coutinho desviar cualquier barrunto que pudiese envolverlo en el misterio de aquellas dos muertes. Además, no podía alegar pruebas contra Simón, a quien suponía ya en Coimbra o refugiado en casa de sus padres. Los vecinos más próximos al lugar en que aparecieron los cadáveres no dieron mayores luces, y finalmente la causa se cerró sin consecuencias.

Terminaba Teresa de leer la respuesta de Simón, cuando su padre entró en la habitación.





Tadeo Albuquerque había resuelto encerrar a su hija en un convento de Oporto donde era priora una parienta suya. Escribió a la prelada, y mientras se negociaban las licencias eclesiásticas, decidió la reclusión de Teresa en un convento de Viseu, y hacia él la llevaba.



La puerta del monasterio se abrió.







Por la noche, Teresa oró en su celda. Y sin saber cómo habría de hacérsela llegar, escribió a Simón una carta, con papel y tinta de que había tenido precaución de proveerse.

En casa de sus padres, Simón se mantenía en constante comunicación con el herrador. Pronto se supo en la ciudad el destino de Teresa, y el joven se ingenió para enviarle, por conducto de la mendiga, un ansioso mensaje: «Es necesario sacarte de ahí. Si no puedes huir, esas puertas tendrás que franquearse ante mi cólera. Si te mandaran a otro convento, avísame; estoy resuelto a raptarte en el camino. Eres mía. No sé de qué me sirve la vida si no la sacrifico para salvarte. Creo en ti. Te seré fiel en la vida y en la muerte. Dime una palabra. Llámame. Tu *Simón*.»

La respuesta de Teresa confirmaba las suposiciones pesimistas: «Sospecho, Simón, que mi padre quiere trasladarme a otro convento más riguroso y hacerme profesar. Esto no podrá ser sin un noviciado de un año y sin que se me pregunte tres veces. Siempre contestaré que no. No me doblegarán. Simón, esposo mío: el día entero pido a Dios por ti.»




Unos días más tarde, Tadeo Albuquerque comunicó a su hija que a la madrugada partirían para Oporto, de donde la solicitaba su parienta, la priora del convento de Monchique. Desolada, Teresa pudo mandarle la noticia a su amado; pero esta vez el diálogo que sostuvo con la mendiga, mezclado de lágrimas, llamó la atención de algunas de las religiosas, y...


...al regresar la mensajera con la contestación, fue interceptada. Teresa no se enteró, pues, de aquellas frases vehementes y desordenadas en que el joven hablaba de su «rencor sin venganza» como de un infierno en que se consumía.


Al amanecer señalado, las galas de la naturaleza se desplegaban plenamente sobre la sierra. Pero Simón Botelho, que aguardaba en una calle angosta frontera del convento, no extasiaba sus ojos en las maravillas del paisaje estival.


Dos literas paráronse en la portería del monasterio. Descendieron de una tres señoras y de la otra don Tadeo Albuquerque apoyado en el brazo de Baltasar Coutinho.


Nada de lamentaciones, tío. La desgracia sería verla casada. Yo le prometo restituírsela curada en cuerpo y alma antes de un año.
¡Es mi única hija!...


Aquí estoy, señor.
Aún es tiempo, Teresa. ¿Quieres retornar a tu casa y olvidar al maldito que nos hace desgraciados a todos?


No, padre mío. Mi destino es el convento. Olvidarlo...,ni en la hora de la muerte. Seré hija desobediente, pero mentirosa, jamás. ¡Ah!... ¿Baltasar también aquí? ¿Cuándo me dejará libre de su odiosa presencia?
Prima: soy uno más de sus criados. Yo tenía dos hace un tiempo; un asesino me los mató.


Sólo los cobardes se ocultan tras las espaldas de los criados, a quienes dejan matar.
Pero aún no se liquidaron las cuentas, querida prima.


Este diálogo corrió rápidamente, mientras Albuquerque saludaba a la priora y a otras religiosas. De pronto, se hallaron con Simón Botelho, y Teresa no pudo reprimir una exclamación, a la que Baltasar, asombrado, añadió: —¿Es posible que esté aquí ese infame?


Teresa: sufra con la resignación de que estoy dándole ejemplo. Sobrelleve su cruz sin maldecir, que bien pudiera ser que nuestro calvario...
¿Qué dice ese bribón?
¡Lo aplastaré, so villano!


Villano es quien me amenaza sin atreverse a avanzar un paso hacia mí.
¡No lo he hecho, por entender que me envilezco castigándote en presencia de criados de mi tío, que tú puedes suponer mis defensores, canalla!


Siendo así, nunca me encontraré frente a usted. Lo considero tan cobarde y tan vil que he de mandar zurrarlo por el primer ganapán de esquina.




Baltasar Coutinho lanzóse precipitadamente sobre Simón y llegó a apretar su garganta, pero pronto sus dedos perdieron vigor. Cuando quisieron intervenir, Baltasar vaciló un segundo y cayó desplomado. Una bala había atravesado su frente.


Los hombres de las literas y Tadeo Albuquerque, profiriendo grandes voces, rodearon a Simón. Simultáneamente, Juan de de la Cruz, enmascarado, saltó junto al estudiante, con su trabuco preparado.
¡Huya! La yegua, ensillada, está al final de la calle. Si no, está perdido...
Ya lo estaba, amigo mío. No huyo. Márchese usted. Se lo suplico por su hija. Y aún puede usted serme muy útil.


El herrador debió ceder. Teresa yacía desmayada en la escalinata de la iglesia. Empezaba a reunirse gente. Puertas y ventanas se animaban de curiosos. Todo había ocurrido en mucho menos tiempo del que se emplea en referirlo.


Llamado por uno de los vecinos, acudió el alguacil mayor.
¡Préndalo! ¡Es un criminal!
¡Usted! ¡Señor Botelho!...
Cumpla usted con su deber. Aquí están mis armas.

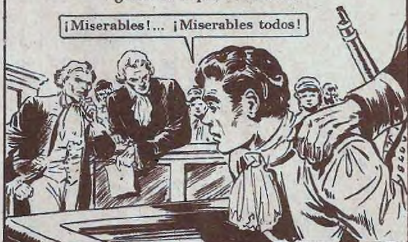

Un funcionario llevó la espantosa noticia a casa del Corregidor, quien, en medio del duelo y llanto de su esposa y de sus hijas...
Que el juez se atenga a las leyes. Si él no se muestra riguroso, yo lo obligaré a serlo.





El proceso marchó rápidamente. Simón no sólo renunció a una fuga que se le propuso, sino que empeoró su situación legal al preguntársele si había obrado en defensa propia y contestar que, para defenderse de tal sujeto, le habría bastado con la punta de la bota. Aparecía, pues, como autor de un asesinato premeditado. Así llegó el día fijado para el juicio público. Simón, imperturbable, sentóse en el banco de los acusados, sin abogado ni testigos de descargo. Sólo salió de su impasibilidad...









Hasta el convento en que se hallaba, llegó a Teresa la versión de las crueles secuelas del acto de que había sido causa y testigo involuntaria. La santa casa estaba regida por una mujer que conciliaba los deberes de la disciplina con una caridad llena de dulzura, que le inspiraba los más tiernos sentimientos para la infinita desdicha de la niña. Permitió, pues, que ella escribiese a su amado, y Teresa envió la siguiente carta: «Simón, esposo mío: Lo sé todo. La muerte está con nosotros. ¡Mira nuestras esperanzas!... ¿Qué mal harían nuestros amores? ¿Por qué no merecemos nosotros lo que tanta gente tiene? Pero nos veremos en el otro mundo, donde la justicia de Dios no te condenará, porque eres inocente. Yo rezo, yo suplico, tratando de atar el hilo de tu vida a una esperanza cualquiera»...







Hondamente impresionado, el Corregidor detuvo el brazo de Antonio de Veiga, comprometiéndose a hacer cuanto estuviese a su alcance para salvar a su hijo.

Las gestiones de misericordia tenían una aliada en la natural simpatía que despiertan los jóvenes enamorados. Además, encontró debilitado el odio de la parte contraria; como que Tadeo Albuquerque era presa de remordimientos, en los que entraban razonamientos forjados en sus horas de soledad y reproches análogos a los que había tenido que oír de labios de su amigo, el Corregidor de Oporto. —El desdichado Simón —le dijo el funcionario— expía como un crimen...











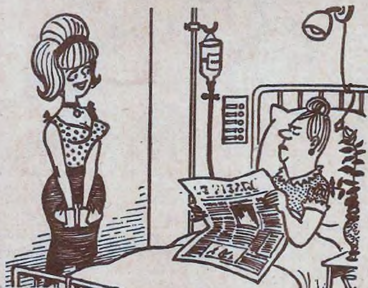
GOTITAS DE ALEGRÍA



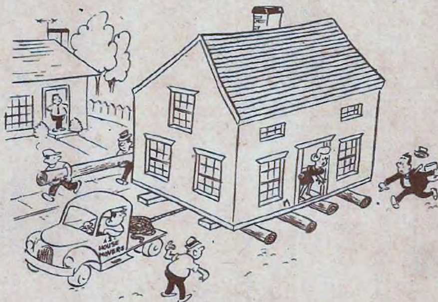
-Está bien que le demos permiso para tomar un refrigerio, pero creo que se le ha ido la mano, García.



Por lo visto, la propina es obligatoria aquí, querida.



-Su esposo me dijo que viniera a visitarla y le diera ánimos. Yo soy su nueva mucama.



-¡Esperen! ¡No se lleven la casa! ¡Ya pagué la cuota que debía!

aprendiendo a vivir

Por QUEEN BROWN

DIBUJOS DE GARCÍA

Intervalo Album 109 XV - 9/1965





























Gabriel Montes era un joven médico de cerca de treinta y cuatro años, que a los dos años de casado había quedado sólo a cargo de su hijito. Desde entonces vivía con su suegra, única hermana del padre de María Laura, a quien todos llamaban, cariñosamente, tía Rosario. Por motivos profesionales se había marchado a los Estados Unidos.









Las palabras de su madre hicieron reflexionar a la muchacha. Recordó el casamiento de su prima y su prematura muerte. Ella, entonces, era una chiquilina de escasos trece años que contemplaba deslumbrada el precioso vestido de la novia y el apuesto novio que la llevaba del brazo.





El almuerzo transcurrió en un ambiente de cordialidad y afecto. José estaba sumamente interesado en lo que contaba Gabriel de su vida fuera del país.





El joven médico no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rojo, mientras José hacía esfuerzos por disimular una sonrisa.





La primera en soltar la carcajada fue la muchacha; el único que permaneció serio fue Gabriel.



Con la iniciación de las clases la joven se encontraba muy ocupada y pronto olvidó su promesa de ir a visitar a Gabriel y su hijo. Su vida se deslizaba apacible y sin contratiempos, matizada con una que otra preocupación, que ella,en ese momento, creía de enorme importancia, como el entredicho que tuvo con su madre a causa de José.








Porque tú no estás contenta con tu comportamiento. ¿No es cierto, hija?
Sí, mamá, tienes razón, me doy cuenta,que actúo como una egoísta.


El rostro compungido de la hija llenó de ternura el corazón de la madre.
Sabes bien, que ni tu padre ni yo pretendemos imponerte a un hombre que no quieras. Sólo deseamos que estés segura de lo que haces.Nosotros consideramos a José un muchacho excelente y nos...


...alegraría mucho tenerlo como yerno. Pero eres tú quien debe decidir.
Pero yo no sé si lo quiero o no. Me gusta estar con él, conversar, salir juntos..., pero nada más.


No te apresures a tomar una decisión, pero sé amable y sincera con José, te sentirás mejor.
Es lo que haré.


Ahora podré viajar tranquila; me tenías muy preocupada, querida.
¡Oh, mamá! Perdóname por haberte preocupado... y gracias por lo que me has dicho.


A los tres días de esta conversación, los padres de la joven partieron en automóvil para Bahía Blanca, en donde el señor Robles, que era abogado, debía atender un asunto de su profesión.


María Laura se sorprendió al ver sentado en uno de los sillones del "living" a Gabriel. Hacía más de una hora que la esperaba.
¡Hola, Gabriel! Esta sí que es una sorpresa. ¿Sabes que papá y mamá están de viaje?


La voz del médico sonó ronca. Una intensa palidez cubría su cara y hacía resaltar la sombra de su barba mal afeitada.
Sí, lo sabía..., María Laura; lamento tener que darte una mala noticia. Tus padres... sufrieron un accidente.


¿Qué pasó? ¿Cómo están?
Chocaron con un camión y... y murieron en el acto. Lo siento, pequeña, ojalá pudiera consolarte.


La noticia era tan brutal,que no podía ser cierta. La conciencia de la joven se negaba a aceptarla. Durante un rato quedó aturdida, sintiendo que todo su cuerpo estaba vacío y que sólo una enorme opresión se aposentaba en su pecho, y cundía por estallar.



Durante días no supo hacer otra cosa que llorar, pero lentamente, la fe y el amor a la vida, que su padre le había enseñado a sentir transformaron su dolor en una pena honda que la hacía valiente y serena.




















Desbordando alegría y juventud irrumpió en la habitación del niño.
Me ganaste, Julito, llegaste antes que... Hola, Gabriel, no sabía que estabas aquí.


Hola, María Laura. Hoy me desocupé temprano.
¡Te gané, María Laura, te gané!


-Sí, querido, me ganaste, llegaste antes que yo. Bueno, los dejo.
No, por favor, no te vayas. Vamos a jugar un partido de "ludo".
¡Sí, sí, María Laura, quédate a jugar con nosotros!


A pesar de sus bromas y risas, la joven se sentía intranquila. No sabía cómo comportarse frente a Gabriel. A veces le parecía un hombre mayor, y otras un joven lleno de vitalidad, pero siempre, joven o viejo, con una personalidad fuerte y serena.


¡Vamos, "niños", a lavarse las manos que está lista la comida!
En seguida, abuelita.
¡Justamente cuando iba ganando!
No importa: Julito y yo te damos por ganado el partido.


Más tarde, la muchacha se retiró a su cuarto a corregir unos trabajos de sus alumnos.
¿Puedo pasar, María Laura? ¿No te haré perder mucho tiempo?
Pasa y siéntate, me sobra tiempo.


Antes de hablar aspiró una profunda bocanada de humo.
Antes que nada, dime. ¿Estás contenta aquí, no extrañas demasiado?
Estoy muy bien, Gabriel. Nunca pensé que podría sentirme contenta de nuevo, pero, gracias a todos ustedes, lo estoy.


El la miraba a través del humo del cigarrillo con cariño y comprensión.
Es una alegría oirte decir eso. Cuando uno sufre mucho, hay un momento en que piensa que nunca podrá dejar de sufrir.


Hasta que comprende que hay que seguir viviendo y que debe hacerlo con alegría, como un homenaje a todo lo bello que los seres queridos que ya no están...


...nos dieron y dejaron como el más preciado legado.
Y de ese modo ellos siguen estando siempre con nosotros.


Un silencio lleno de recogimiento y paz los envolvió. Ambos estaban absortos en sus pensamientos, sin embargo se sentían muy cerca el uno del otro. Fue Gabriel el primero en volver a hablar.


Lo que quería decirte, era que yo..., nosotros, también estamos muy felices de tenerte aquí, y que para Julito eres como la madre que perdió.


María Laura sonrió nerviosa. Casi nunca fumaba, pero en ese momento, para ocultar su turbación, le pidió un cigarrillo a Gabriel.
Gracias. Bueno, Gabriel, no digas nada más. A Julito hasta una bruja lo querría.


Desde la sala les llegó la voz de la tía Rosario.
¡María Laura! ¡Teléfono, es José!
¡Gracias!


Permiso, Gabriel, en seguida vuelvo.
No importa, ya terminé. ¡Ah! Me gustaría que José te visitara más seguido, así puedo conocerlo mejor.


Y mientras la joven se alejaba aún lo oyó decir: -Ahora soy responsable también de una hija y quiero conocer sus amistades. Para esas cosas soy chapado a la antigua.
(¡Tonto! ¿No se da cuenta de que el papel de padre le queda grande?)


Hola, José. Sí, estoy bien, gracias. (Será mejor que a Gabriel no le dé por hacerse el mandón, porque si no...)


María Laura, ¿me oyes? Te digo que esta tarde voy a verte.
No, no vengas, prefiero que salgamos. A las cinco te espero en Santa Fe y Callao.


Y sin dar tiempo a que José le respondiera, se despidió y cortó.
Tía Rosario, voy a salir con José; volveré a la hora de comer.
Bueno, hija; que te diviertas.


Gabriel miró fijamente a la muchacha durante unos segundos. Luego, esbozando una sonrisa, habló con vos teñida de ironía.
Va a venir a buscarte, supongo. Es lo que corresponde.
No. Le dije que prefiero que nos encontremos en la calle.

A partir de ese día se creó entre ellos una extraña situación. Cuando ambos estaban en la casa, trataban de verse lo indispensable, y cuando uno de los dos no estaba, el otro, inmediatamente, preguntaba por el ausente. Naturalmente, para tía Rosario y Julito esta nueva situación no pasaba desapercibida.



















Los días siguieron deslizándose sin contratiempos. La cordialidad y el cariño eran la tónica de las relaciones entre Gabriel y María Laura. El joven médico nunca reanudó la conversación que dejaran inconclusa aquella noche, ni ella hizo nada por recordárselo.


Gabriel, ¿crees que María Laura se casará con José?
No sé. Yo también me lo he preguntado muchas veces. El es un buen muchacho que podría hacerla feliz.
El problema no es él, sino ella. ¿Te dijo algo al respecto María Laura?
Por qué tendría que decírmelo a mí? Soy demasiado joven para ser su padre y... y...


¿"Y" qué, Gabriel?
Y nada. Mejor me voy, no me gustan sus interrogatorios, mamá.
Y besándola en la frente se marchó. Al llegar a la esquina prácticamente chocó con María Laura.
¡Epa!... ¿Adónde va tan apurado, doctor?
¡Oh, María Laura!... ¿Y tú? ¿De dónde vienes tan hermosa?
Gracias por la galantería. Vengo de ver a los padres de José.
¡Ah!... ¿Están bien, verdad?


Sí, muy bien. Siempre recuerdan con mucho cariño a papá y mamá.
¿Y José?
Oye, Gabriel, si no tienes nada importante que hacer, ¿ por qué no caminamos un poco? Quisiera conversar contigo.
Encantado. ¿Necesitas un buen consejo?


Con naturalidad lo tomó del brazo.
Tal vez, pero no sería a ti a quien se lo pediría. Me parece que, a pesar de tu "vejez", para ciertas cosas eres un niño.
Más respeto por mis canas.
Desesperadamente Gabriel quería dar a la conversación un tono ligero, presentía que se vería obligado a enfrentar algo que temía mucho, pero al mismo tiempo temblaba de ansiedad porque eso ocurriera. El corazón le latía violentamente en el pecho.
Tengo que tomar una resolución trascendental para mi futuro y aún no estoy segura de lo que debo hacer.
Ojalá pueda ayudarte.


Estoy segura que sí. Tú ya has pasado por eso.
(Ahora me va a preguntar si debe casarse con José. Tengo que ser honesto con ella y ...)


Llegamos a la plaza. ¿Nos sentamos?
Bue... bueno.


Es una tarde preciosa. Me acuerdo, cuando era chica...
¡Por favor, María Laura! ¡Basta de suspensos! ¡Pregúntame de una vez si debes o no casarte con José!


La muchacha lo miró llena de asombro.
¿De dónde sacaste que ése era mi problema? José nunca fue otra cosa que un amigo, pero nada menos que un buen y leal amigo, cosa que no se encuentra todos los días.


Hace rato que José y yo resolvimos esa cuestión. ¿Será posible que hayas estado pensando todo este tiempo que éramos novios, sin decirte nada a ti y a tía Rosario?


Gabriel estaba tan confundido,que no atinaba a contestar nada. Finalmente habló con voz apagada.
Disculpa; soy un torpe. ¿Cuál es tu problema?
Mi Gabriel querido, no pongas esa cara, no es tan grave tu falta.


Lo que quiero consultarte es la propuesta que me hicieron de llevarme a Estados Unidos como profesora de inglés de una familia que va a residir allí.


Y brevemente le dio todos los detalles. Se trataba de gente conocida y responsable, amigos de sus padres, que querían llevarla con ellos por lo menos por dos años.
Debes ir, pequeña, te hará mucho bien cambiar de ambiente por un tiempo. Te ayudará a ver mejor muchas cosas.
¡Qué suerte, Gabriel! Era lo que esperaba que me dijeras. Nunca me hubiera atrevido a irme sin tu consentimiento.


Gabriel inclinó meditativo la cabeza.
(Y a ti también, Gabriel, te hará bien dejarla de ver por dos años, aunque se te parta el corazón.)





Los primeros días después de la partida de la joven fueron de una gran tristeza. El que parecía más conforme era Julito, él decía: -María Laura me dijo que dos años pasan rápido y que me traerá muchos juguetes, y ella nunca miente.- Al principio las cartas venían a nombre de la familia, luego, siempre llegaban dos juntas, una para tía Rosario y Julito, otra para Gabriel.













ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza



Por mi cencia y conocencia
la gente me llama EL ZORRO,
y no te ofendás cachorro
si te advierto en la dentrada
QUE AL HABLAR, A NADIE AGRADA
QUE ALGUNO LE CORTE EL CHORRO.

SEPTIEMBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Crec. 2	L. Llena 10	C. Meng. 17	1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	L. Nueva 24	*

OCTUBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Crec. 2	L. Llena 9	C. Meng. 16	L. Nueva 24	C. Crec. 31	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24/31	25	26	27	28	29	30

Lea, en el próximo INTERVALO ALBUM

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

LA AMAZONA BLANCA, por Alejandro Dumas

LLUVIA DE INVIERNO, por Héctor Pedro Blomberg

AMOR ENTRE SOMBRAS, por Robert Bloch

ALMAS EN PENA, por B. Björnson

HARLOW, LA VENUS PLATINADA, por John Michael Hayes

EL FEDERICO INMORTAL, por Pier Michele

EL CASAMIENTO DE ANNA, por Queen Brown

GRIS, A VECES VIOLETA, NUNCA AMARILLO, por Osvaldo Moro

BEN CASEY, por Neal Adams

INTERVALO ALBUM

AÑO XV Nro. 109

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 857.392 de la
Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

Impreso en BLONDATEX ** Septiembre 1965